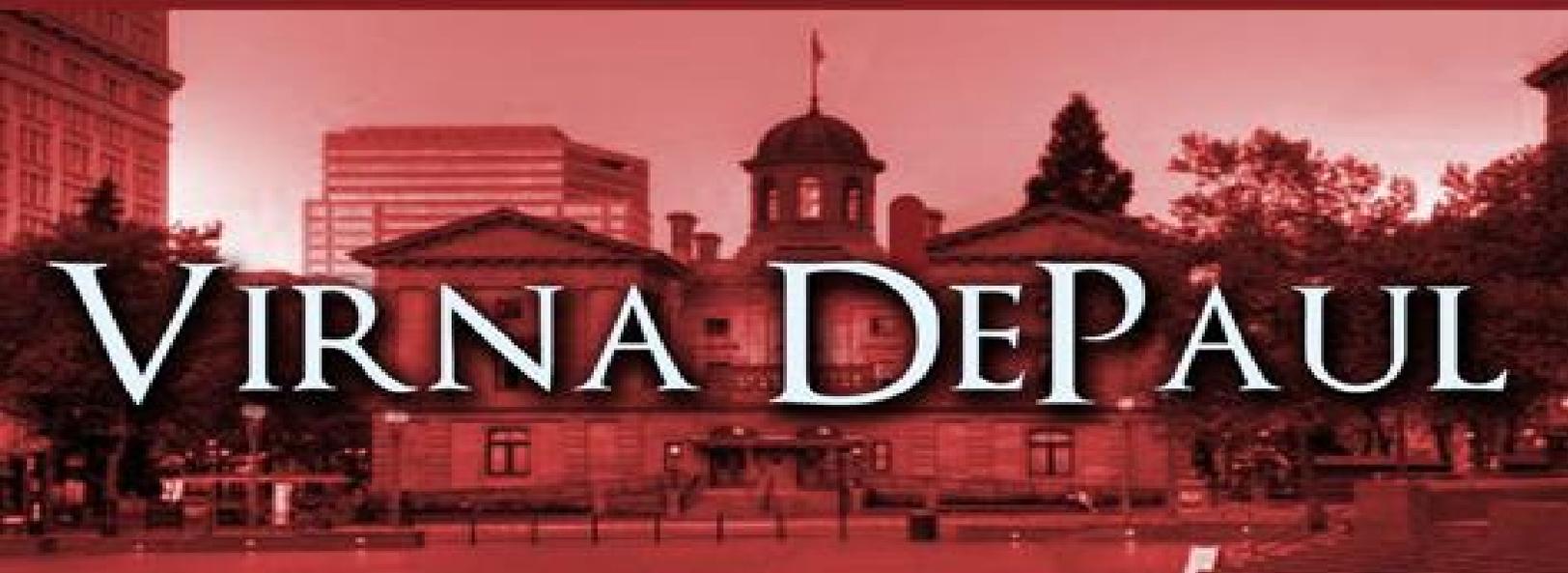




Loca  
*por El Señor*  
Equivocado



VIRNA DE PAUL

## Table of Contents

[Title Page](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[¡Muchas gracias por leer Loca por el Señor Equivocado!](#)

# **LOCA POR EL SEÑOR EQUIVOCADO**

**por**  
**Virna DePaul**

Loca por El Señor Equivocado  
Derechos de Copia @ 2014 por Virna DePaul

## CAPÍTULO UNO

Era difícil fingir desinterés en una conversación cuando la persona en mención era un hombre con el que había fantaseado por muchos años. Aun así, Bryn Donovan estaba haciendo únicamente eso.

Vamos, Bryn, sé honesta—, Tamara Logan la animó mientras agitaba un tenedor lleno de ensalada con su mano. — No hay manera que puedas encarar a Daniel Mays en el tribunal cada semana y no quieras tener sexo con él. Eres mujer, tienes ojos y él es guapísimo.

¡Completó la carrera Ironman en los primeros cinco puestos, por el amor de Dios!

Bryn resopló, bebió un sorbo de su botella de agua, luego se encogió de hombros. — ¿Acaso el triatlón añadió una nueva categoría para: *Los Cabezotas Más Grandes*, quizás? — Bueno, eso estuvo bueno. Su comentario no reveló ni el deseo ni la tristeza que invadieron su cuerpo en el segundo que Tamara mencionó el nombre de Daniel.

Tam rió, haciendo que sus aretes tipo candelabro sonaran. — Seguro que lo hicieron, sólo que los jueces no estaban midiendo la cabeza sobre su cintura. Él calificó porque tenía el más enorme...

Levantado las manos para taparse los oídos, Bryn gimió. — Por favor. Ahórrame los crudos detalles.

— Desafortunadamente, tendré que hacerlo. — Toda la cara de Tam se iluminaba cuando sonreía, sus ojos brillaban y se formaban hoyuelos en sus mejillas, haciendo imposible no devolverle la sonrisa. Aunque su amistad era relativamente nueva, almorzar con Tam se había convertido en el momento más importante del día para Bryn. — De lo que de verdad me arrepiento es de no haber podido ver nunca a ese hombre desnudo, — dijo Tam, moviendo su tenedor otra vez. — Al menos sé de primera mano que es un gran besador.

Ante las palabras de Tam, Bryn luchó por mantener su semblante sin expresión. Tam había salido con Daniel una o dos veces, pero Bryn era la que se veía atormentada por sueños recurrentes acerca de él. En el sueño de anoche, ellos habían estado haciendo mucho más que besarse. Su cabello negro había estado revoloteando contra la parte interior de sus muslos y su lengua le había estado haciendo cosas deliciosas a su...

Ella respiró temblorosa. Incluso ahora, el recuerdo de su estado de acaloramiento y excitación cuando se había despertado, la enfurecía. También, la confundía. Había muchos hombres atractivos en el mundo, pero solo Daniel Mays plagaba sus sueños, al igual que sus horas despierta.

Con el pelo rubio castaño, ojos verdes y un leve hoyuelo en la barbilla, el hombre era innegablemente guapo. Su cuerpo ancho, alto y delgado se cernía sobre la delgada figura de Bryn de un metro sesenta, una sonrisa agradable, un leve acento sureño y un genuino encanto lacónico, lo habían convertido en tema de conversación del personal femenino del tribunal.

El record de citas de Daniel y su habilidad para continuar siendo amigos con la mayoría de sus exs, mostraba que él apreciaba las diferencias únicas de cada una de sus admiradoras y las trataba bien. En los dos años que ella había estado entrando y saliendo de los tribunales, él había salido con diversas mujeres: una escultural rubia del departamento de Investigación, una pequeña y delgada reportera asiática del tribunal y por supuesto, Tam, una de las integrantes del staff de abogados del tribunal. Él no parecía tener un tipo específico de mujer, más bien, disfrutaba de la compañía de distintas mujeres inteligentes, atractivas y complicadas. Sin embargo ninguna de ellas parecía mantenerlo interesado por mucho tiempo.

Y a pesar de su buen aspecto, su buen carácter y su obvio encanto, Daniel Mays defendía

criminales para ganarse la vida. Este hecho debería haber aplastado su atracción hace mucho tiempo.

Pero no había sido así en absoluto.

Al darse cuenta que Tam estaba mirándola, Bryn luchó para recordar lo que habían estado hablando. Ah, sí. La habilidad de Daniel con los besos. — No es de sorprenderse que sea un buen besador, — murmuró Bryn. — Ha practicado lo suficiente.

— Es un Don Juan, — admitió Tam, — pero es soltero... ¿quién puede culparlo? No es difícil para él. Y su práctica ha dado resultado. Lo que ese hombre puede hacer con su lengua, es un milagro de la naturaleza. Vance es la excepción, por supuesto, pero besar a Daniel Mays es más erótico que tener sexo con casi cualquier hombre. ¡Y es mucho más probable que haga a una mujer acabar!

Bryn tiró el resto de su sándwich en la bolsa de papel y lo aplastó haciéndolo una bola. — Sí, bueno, no lo sabría y no quisiera saberlo. La única cosa que es menos atractiva para mí que besar a Mays, es lo que hace para ganarse la vida. — Y él obviamente sabía cómo ella se sentía. Al principio, había sido amable. Curioso acerca de ella. Cuando ella no le correspondió, él cesó todos los esfuerzos para llegar a conocerla mejor. Era cortés, pero eso era todo.

- Los abogados defensores no son monstruos, — dijo Tam suavemente.

Bryn hizo una mueca. Ella extendió la mano para tocar la mano de Tam pero la retiró antes de que hicieran contacto. — Lo siento. No debo generalizar. Hay varios abogados defensores que me gustan y respeto. Especialmente Vance. Pero Mays es demasiado... demasiado...

— ¿Demasiado perturbador? — Tam sonrió deliberadamente.

Demasiado, pensó Bryn. Ciertamente la distraía de lo que era lo más importante... hacer justicia a las víctimas de la delincuencia: el mismo tipo de justicia que le había sido negada a su hermana. Suspirando, se puso de pie. — Informal. Es un tanto demasiado informal acerca de lo que hace. Pero no hablemos de él. ¿Cómo te sientes?

Tam también se puso de pie, gimiendo mientras lo hacía. La redondeada protuberancia de su estómago la hacía parecer como si se hubiera tragado una pelota de baloncesto. — Excepto por los dolores de espalda y la constante necesidad de orinar, todo es color de rosa. Juro que éste bebé solo disfruta dos cosas... zapatear en mi columna y descansar en mi vejiga.

Bryn tiró su basura y caminó hacia la oficina principal, pero se detuvo en la entrada. Miró a Tam, quién se detuvo un paso atrás de ella. — Así que, — Bryn comenzó forzando un tono casual, — estaba pensando sobre tu oferta de presentarme con el hermano de Vance. Sé que no estaba tan interesada antes acerca de la idea, pero ¿sabes si hará algo el próximo viernes? Porque... bueno...

— La fiesta de compromiso de tu hermana es la semana que viene ¿y de repente estás desesperada por un hombre para poner barreras entre tú y tu madre?

— Algo así, — Aceptó Bryn. — Sólo que no quiero oír la misma vieja canción acerca de ser una adicta al trabajo que va a morir como una vieja amargada con muchos gatos y que rompe el corazón de su madre. Quién sabe, si Thad está disponible y él...

Alguien aclaró su garganta.

Ella se sobresaltó y giró.

Daniel Mays.

Estaba apoyado en el gabinete del archivo, sus brazos cruzados sobre el pecho. Como siempre, el pulso de ella se aceleró. Esta vez, además de la intensa sensación pulsátil en sus venas, su boca se secó y la mortificación formó un bulto irregular en su garganta. Era posible que

las hubiera escuchado hablando de él, y era lo bastante listo para saber lo que había detrás de sus palabras... un deseo no deseado.

Hacia él.

\* \* \*

Justo después del mediodía, Daniel entró a la oficina del staff de abogados, sintió una placentera sorpresa al escuchar la voz de Tam que provenía de una habitación trasera. Generalmente Tam pasaba su hora del almuerzo con su marido, Vance, socio y mejor amigo de Daniel y el mismo idiota con suerte que había atrapado a Tam poco después de que Daniel la hubiera invitado a salir. Daniel no podía estar más feliz por ellos. Vance era como un hermano y Tam estaba convirtiéndose rápidamente en una hermana. Una hermana que él había *besado*, y por lo que a menudo se burlaba de Vance.

Riéndose entre dientes, él empezó a caminar hacia el lugar de donde provenía su voz, cuando de repente se dio cuenta de que se trataba la conversación. Divertido, halagado y pensando una vez más que Vance era un tipo con suerte, Daniel se dio la vuelta para irse. Pero entonces oyó que Tam se refirió a su compañera por su nombre y se detuvo en seco.

¿Bryn Donovan, la estirada fiscal que no se anda con tonterías, apodada acertadamente "Magistrada" por la comunidad legal? Ni siquiera se había dado cuenta de que Tam conocía a Bryn, y mucho menos que fuera su amiga. ¿Y, aparentemente, eran suficientemente buenas amigas para hablar sobre hombres? ¿Y de fantasías?

¿Y de él?

Él debería irse. Realmente debería. Dos mujeres hablando sobre hombres, sexo y sobre él, no era una conversación que él debiera estar espiando. Pero, después de la derrota en el tribunal esta mañana, podría utilizar eso para subir su ego.

Cuando Tam mencionó el triatlón Ironman, Daniel hizo una mueca. Huh. No era la elevación de ego que él había estado esperando. Ese triatlón casi lo había matado. Frunció el ceño ante la respuesta de Bryn, sorprendido a pesar de sí mismo. No eran amigos, pero ciertamente no había hecho nada para merecer tanto desdén. Y su reputación con las damas era muy... exagerada. Ella, mejor que nadie, debería entender el concepto de ser inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Apartó cualquier sentimiento de culpa que hubiera estado albergando por escuchar a escondidas. Él sólo había venido al percibir un movimiento. Si ambas mujeres no habían tenido el suficiente tino de cerrar la puerta cuando charlaban, no era *su* culpa.

— Por favor, — oyó decir a Bryn. — Ahórrame los desagradables detalles.

Daniel aspiró profundamente ¿Desagradables?

Su molestia se intensificaba con cada palabra que Bryn Donovan pronunciaba. Cuando ella despectivamente rechazó su profesión y expresó desinterés por sus proezas sexuales, Daniel tuvo el loco deseo de interrumpir su conversación y besarla hasta llevarla al orgasmo, sólo para demostrarle que estaba equivocada.

Vaya. ¿Besar a Bryn Donovan? Ese era ciertamente, un insólito pensamiento.

Si era presionado, él tendría que describirla como una persona común y ordinaria, a lo mucho. Cabello oscuro, delgada, postura impecable, ropa simple. Inofensiva pero nada digno de mención. Ciertamente no llamativa y nada que indicara que tuviera una personalidad divertida o cálida. Daniel no necesitaba que fuera llamativa, pero sí necesitaba que fuera divertida y cálida.

Había algo que agregar, que sin dudas ella tenía agallas. Y Bryn tenía agallas.

Definitivamente, tenía agallas. De repente, no podía lograr quitarse de la cabeza la idea de

besarla.

¿Tenía la impresión incorrecta de ella? ¿O era simplemente que tenía demasiado trabajo? ¿Había pensado en ella como un adversario profesional tanto tiempo, que había distorsionado sus percepciones?

Daniel se encogió de hombros y sonrió. No había mejor momento que el presente para averiguarlo. Cruzó sus brazos sobre el pecho, se inclinó contra un archivador y esperó a que las mujeres salieran hacia el pasillo. Cuando ellas se detuvieron en la puerta charlando, se impacientó y aclaró su garganta, llamando la atención de Bryn hacia él.

Cuando ella giró y lo vio, él debió haber estado contento por su nerviosa reacción. En cambio, tuvo que controlar su propia reacción inesperada. Mientras su rostro se enrojecía y se ampliaban sus ojos, Daniel se dio cuenta por primera vez... *¿cómo era posible?*... que sus ojos eran mucho más que comunes y ordinarios.

Eran de un cálido color marrón dorado bordeados por pestañas oscuras que complementaban su forma ligeramente exótica. Trató de no hacerlo, pero su mirada recorrió su figura de arriba a abajo.

¡Que idiota había sido!

Bryn era guapísima.

Su brillante cabello era como el ébano sin una pizca de rizos.

La tentadora curva de sus pantorrillas por encima de sus zapatos negros de siempre.

La plenitud de su labio inferior que ahora mismo castigaba con sus blancos y rectos dientes.

Y sus ojos. Ohh, sus ojos.

Imaginó esos ojos dorados deslumbrados con placer, placer que él podría darle de muchas maneras. Verbalmente. Físicamente. Acostada. De pie. Suave y lento. Luego duro. Y luego incluso más duro.

Como si ella pudiera leer su mente, se sonrojó pero no dijo nada.

Tam sonrió a Daniel sobre el hombro de Bryn. Era alta y llevando tacones altos a pesar de la sandía en su estómago, se elevó sobre la pequeña figura de Bryn. Ella saludó con sus dedos de una manera alegre. — Bueno, hola guapo. Justo estábamos hablando de ti.

Bryn parecía a punto de estrangular a Tam con sus propias manos. En cambio, inclinó su barbilla y pasó por delante de Daniel.

O mejor dicho, lo intentó. Daniel bloqueó la salida. A pesar de la excitación que lo recorría, se tragó las ganas de reír. — ¿De verdad? Parecía que hablaban de conseguir que Thad llevara a Bryn a una fiesta de compromiso. — Dio una mirada de reojo a Bryn. — Pero yo conozco al hombre desde hace muchos años y aunque no está en una relación exclusiva en este momento... — Vio que los ojos de Tam se ensanchaban y entrecerró los suyos un tanto. Inmediatamente, ella apretó los labios para reprimir una sonrisa. —... No estoy seguro de cómo se sentiría al ser utilizado como un... veamos, ¿cómo deberíamos llamarlo?... una distracción. Aunque, no puedo decir que te culpo. Yo también tengo una madre eternamente optimista.

Los ojos de Bryn parpadearon, indicando que a pesar de sus mejores intentos, él estaba empezando a gustarle.

— ¿Pero quién lo hubiera pensado? Aparentemente algo le asusta, Srta. Donovan. — Sonríe, esperando conseguir que esos hombros tan rígidos como un palo, se relajaran. Por la forma en que ella había hablado con Tam, obviamente tenía sentido del humor para que coincidiera con su aguda inteligencia. Tal vez si ella se relajara sería más divertida y cálida de lo que jamás se hubiera imaginado que podría ser. — Cuidado o podrías estropear tu reputación de dura de roer.

Se sonrojó. Para ella, eso era el equivalente de tartamudear y que le dieran un puntapié en el trasero. — Perdóname, pero llegaré tarde al tribunal.

Daniel levantó su mirada hacia al reloj de la oficina. — El tribunal no comienza hasta dentro de diez minutos.

Ella inclinó su nariz respingona al aire. — Quizás prefiero estar de pie fuera de la sala del tribunal que estar aquí contigo.

Agallas, él pensó otra vez.

— Sí, apártate del camino Daniel, — interrumpió Tam. — ¿No querrás que Bryn se ponga violenta contigo, verdad?

Tam le guiñó un ojo disimuladamente desde atrás de Bryn.

Daniel se enderezó, caminó hacia un lado y pasó una mano por delante de él. Mientras Bryn se deslizaba por detrás, él dijo: — Supongo que depende de lo que ella tenga en mente. Digamos, por ejemplo, si quisiera arrancar mi... eh, no sé... ¿cabezota...?

Bryn se quedó congelada y Daniel escuchó su grito apenas ahogado.

— Eso podría ser divertido, — dijo él, ahora sonriendo abiertamente. — ¿Qué dices tú, “Magistrada”?

Con los hombros tensos, se volvió lentamente para enfrentarlo. — Yo digo que prefiero enfrentarme a un jurado en ropa interior.

— Lo que sea que te excite. Y lo digo en serio.

Ella salió, con la espalda muy erguida como siempre.

Cuando ella estuvo lo suficientemente lejos como para no poder oír, Daniel se volvió para ver a Tam, quien le sacudía la cabeza. Se encogió de hombros inocentemente. — ¿Qué?

Tam resopló. — Thad no está saliendo con nadie exclusivamente y tú lo sabes.

Abriendo los ojos en forma exagerada, Daniel dijo, — ¿En serio? Podría jurar que eso es lo que dijo Vance. Mmm. Fue mi error.

— A ella, particularmente, no le caen bien los abogados defensores.

— Lo mismo le sucede a la mayoría de los fiscales. Ella lo superará. Soy un gran besador después de todo.

Tam resopló de nuevo y él sonrió. — Sólo digo... — dijo arrastrando las palabras.

Veinte minutos más tarde, después de decirle a Tam que él le compraría a su hijo aún no nacido, una batería para su segundo cumpleaños si ella presentaba a Bryn con alguien, por no hablar de Thad. Daniel contempló la espalda de Bryn desde la audiencia en la sala del tribunal.

No había duda. Ella le intrigaba. Quería conocerla mejor, incluyendo lo que fuera necesario para hacerla relajarse.

Para hacerla sonreír.

Para que envolviera sus brazos alrededor de él y gimiera de placer.

Una ondulación renovada de deseo lo hizo sonreír tristemente.

A pesar de los rumores, era cuidadoso con quién salía. Raramente salía con abogadas y nunca había salido con una fiscal, mucho menos con una con la rigidez de Bryn. Aun así, ¿quién sabía que Bryn Donovan tenía tantas deliciosas capas para explorar? Se enorgullecía de ver los matices que a otras les faltaban y el hecho de que él lo hubiera pasado por alto, le molestó.

Habían trabajado juntos en el Juzgado de Sacramento durante los últimos dos años. Le había sonreído cordialmente a modo de saludo. Admiraba su técnica judicial. Incluso le daba la mano para felicitarla cuando ella lograba vencerlo en los juicios, lo cual hasta el momento siempre había sido así.

Pero hasta hoy, él nunca se había sentado en el tribunal con el propósito específico de

conocer sobre ella. Nunca había estudiado su cuerpo tan intensamente, aprendiendo cada ángulo y curva de memoria, como preparándose para un ataque frontal. Esto era exactamente lo que él estaba haciendo ahora y era exactamente lo que estaba planeando.

Le tomó menos de un minuto aceptar la verdad.

Había sido un idiota por haberla pasado por alto. Pero no más. La fuerte fiscal del distrito con ojos dormilones era un misterio, y él no estaría satisfecho hasta que lo resolviera.

Gracias a Tam, podría tener la oportunidad.

El secretario llamó al tribunal a sesión. Vagamente, escuchaba cómo el defensor público y Bryn manejaron unos cuantos casos primero. Entonces, cuando el secretario llamó el caso de Kyle Winsor, se levantó y caminó hacia el frente de la sala. Se sentó a la mesa de la defensa con su cliente, un vándalo de diecinueve años con demasiado tiempo en sus manos, pero un vándalo que todavía podría cambiar su vida

— ¿Seguimos fijando el juicio ante el jurado la semana que viene Sr. Mays? — preguntó el juez.

— ¿A menos que la Señorita Donovan esté dispuesta a aceptar la libertad condicional a cambio de una declaración de no litigar? — Echó un vistazo al perfil de Bryn, aunque ya sabía lo que ella iba a decir.

Sin mirarlo, Bryn dijo en voz baja: — Eso no va a ocurrir, su señoría. La gente pide la pena máxima en este caso y estamos dispuestos a ir a juicio.

- Muy bien abogados.

Mientras el juez hablaba de la logística con su secretario, Kyle maldijo suavemente. Detrás de ellos, su padre, a quien Daniel conocía sólo por Winsor, maldecía mucho más fuerte.

La maldición de Winsor fue la única advertencia que recibió la sala.

Antes de que alguien comprendiera la intención del hombre, éste saltó por encima del muro bajo que separaba la audiencia del personal del tribunal y se dirigió directo hacia Bryn. Bryn levantó la vista, sus ojos se abrieron más mientras el padre de Kyle se le abalanzaba. El miedo se reflejaba en su rostro.

— ¡No! — gritó Daniel, lanzándose de su asiento. En el momento en que Daniel llegó a Bryn, Winsor la había clavado en la mesa. Ella lo arañó frenéticamente con sus manos. Luchaba por respirar. Dio un rodillazo a Winsor en los testículos un instante antes de que Daniel agarrara al sujeto por su camisa desde atrás.

Winsor soltó su garganta, pero la agarró de su solapa, acercándola hacia él. Daniel se la arrebató y cubrió su cuerpo con el suyo. Winsor arremetió de nuevo y el alguacil lo golpeó en la parte posterior de la cabeza con su bastón. Cayó al suelo. El alguacil tomó al hombre por la parte trasera de sus pantalones y lo arrastró hacia atrás, alejándolo de Bryn.

Resonaron gritos en toda la sala. El juez ordenó a todos que se calmaran mientras Daniel y Bryn se ponían de pie, Bryn aún temblaba. Alguien empujaba abriéndose paso a través de la multitud, tratando de llegar a Bryn. Daniel agarró al idiota, notando que era Paul, el hermano de Kyle.

— Detente — gruñó Daniel, envolviendo sus brazos alrededor del pecho de Paul. El hombre siguió adelante, tratando de arrastrar a Daniel.

— Déjame ir, — jadeó. — Voy a terminar lo que empezó mi papá. Deja a mi hermano en paz — le gritó a Bryn.

Mientras Daniel lo botaba al piso, Paul le dio un potente puñetazo en su rostro, su labio empezó a sangrar antes de que dos alguaciles se lo llevaran arrastrado junto con Winsor. Un

rápido vistazo le confirmó a Daniel que estaban sacando a su cliente de la sala. Justo antes de que desapareciera por una esquina, Kyle miró hacia atrás a Daniel, su expresión era de conmoción.

Bryn se inclinaba a medias contra la mesa, cuando Daniel se apresuró a acercarse a ella. Con una mano bajo su codo y la otra envuelta alrededor de la parte posterior de su cuello, miró hacia sus aturcidos ojos. A diferencia de él, quien inhalaba y exhalaba aire de su pecho ondulante, ella parecía incapaz de respirar. — ¿Bryn, estás bien? ¡Bryn!

Ella solo lo miró. Él dirigió sus ojos sobre su cuerpo, tratando de determinar si estaba herida. Su garganta estaba roja en donde los dedos de Winsor habían apretado su delicada piel. Su chaqueta había sido arrancada hacia un lado y su camisa de botones estaba abierta, dejando ver parte de un sostén de encaje color rosa que cubría un pecho redondeado. Su corazón desaceleró su terrible golpeteo, cuando ella por fin logró tomar un poco de aire.

— Estás bien, — le aseguró. Y también para sí mismo. Cuando trató de enderezar su ropa, notó una marca oscura justo encima del pecho que se asomaba por detrás de su blusa. Pensando que era un moretón, empujó la tela hacia atrás. No era un moretón. Era un tatuaje. Un corazón labrado en su pálida piel marfil.

Daniel levantó sus cejas y dio una mirada hacia Bryn. Ella todavía estaba agitada, apoyándose en él. Por lo que él sabía, ella nunca se dejaba a sí misma apoyarse en alguien. La miró fijamente a los ojos y sintió la opresión más rara en su pecho, como si tuviera algo enterrado dentro de él. Él apretó su brazo justo cuando ella parecía sostenerse por ella misma, apartándose y comenzando a abrochar su blusa.

— Bryn, — comenzó a hablar, pero fue inmediatamente empujado a un lado por Linda Mendell, la reportera del tribunal. La mujer, quién tenía una complexión robusta como la de un tren de carga, agarró el brazo de Bryn, tiró de ella hacia arriba y la condujo hacia el despacho del juez.

Bryn le devolvió la mirada agrandando sus dorados ojos, y él sintió una sensación en el estómago.

Había recibido un golpe a traición, duro y no solo por el viejo Winsor.

## CAPÍTULO DOS

— Ahora hay una mujer esperando una excusa para cortarle las bolas a un hombre y metérselas en la garganta.

Sabiendo exactamente de quién hablaba Vance, Daniel se volvió para observar a Bryn de pie en el estrado del abogado. Justo como Vance había descrito, parecía más que capaz de cortarle a un hombre... su ego.

El suyo, para ser preciso. Ella ciertamente había estado haciendo su mejor intento recientemente.

Había pasado una semana desde el ataque y Bryn se había recuperado bien. Demasiado bien. Había regresado al tribunal al día siguiente con su armadura perfectamente en su lugar. Aunque siempre había sido fría con él, últimamente había perfeccionado el arte de ignorarlo.

La mañana en que ella regresó al trabajo, Daniel le preguntó cómo se sentía. Ella de hecho resopló, ahuyentándolo con un informal gesto de su mano como si ser atacada en el tribunal fuera un asunto cotidiano para ella. Entonces lo hizo enojar. — Como si te importara, — dijo ella y luego continuó, diciendo: — ¿Qué? ¿Estás buscando tocarme otra vez?

Por una de las pocas veces en su vida, Daniel se quedó mudo. Indignado, no estaba seguro de lo que iba a hacer. Al diablo el tocarla. La cogería hasta que no pudiera caminar, hasta que no pudiera respirar por los múltiples orgasmos que le daría.

Estaba a punto de llegar a ella cuando se dio cuenta que no lo miraba a los ojos. Y que sus manos no estaban del todo firmes.

Muy extraño para la valiente fiscal del distrito. Continuó ahí parado, sin decir nada. Cuando ella levantó la vista, él sostuvo su mirada durante unos momentos antes de decidir no presionar. Desde entonces, continuó tratándolo con iguales partes de desprecio y hostilidad. El punto era, que él no era tan fácil de engañar. O disuadir.

Una de las cosas que hacía de Daniel un gran abogado, era su inagotable paciencia y determinación. Eso no quería decir que ganara todos sus casos de defensa criminal... no ganaba incluso la mayoría de ellos. De cientos de acusados que había representado en los pasados seis años, sólo veinte habían resultado con jurado dividido y sólo catorce habían sido absueltos. Pero en litigios de defensa penal, tener un quince por ciento como tasa de éxito, era bastante inusual. Él se tenía confianza como abogado y como amante. Quería a Bryn. Ella lo querría. Tarde o temprano, eso iba a pasar.

Mientras ella caminaba a su lado, Daniel encontró la mirada de Bryn. ¿Era sólo su imaginación, o los pasos de sus piernas largas parecían tambalearse un poco? Pasó por delante, dejando atrás el ligero aroma de rosas que él había llegado a asociar con ella. Otra sorpresa.

Lo cual hacía que Daniel pensara en ese tatuaje, colocado seductoramente sobre la curva de su pecho izquierdo. Había estado obsesionado con él. ¿Cuándo se lo habría hecho? ¿Tendría más? Un tatuaje ciertamente no cuadraba con su imagen mojigata y de formidable fiscal. Él todavía estaba considerando las posibilidades cuando el secretario se levantó y anunció la llegada del juez Lancaster. — Todos de pie...

\* \* \*

Bryn dejó su pila de archivos y tomó asiento al lado de su oficial investigador. A regañadientes, su mirada buscó a Daniel.

Su atracción por ese hombre siempre había sido inquietante, pero el trabajo siempre había sido una buena distracción. Al igual que su indiferencia. Pero ahora, desde el ataque de Winsor,

Daniel parecía decidido a cautivarla. Ahora, él se encargaba de entablar una conversación, de tocar casualmente su hombro o simplemente sonreírle a través de la sala, sus ojos eran acalorados e intensos. Ahora, cada vez que lo miraba, la asaltaban imágenes de ella estando en sus brazos. Y qué bien se había sentido eso.

Había estado aterrorizada cuando Winsor la había agarrado. Luego había luchado para recuperar el aliento. Tembló durante horas. Todavía sentía un temblor de vez en cuando al caminar hacia su coche después del trabajo o cuando estaba sola en casa. Pero el recuerdo de la preocupación de Daniel y la tentación de su actual interés, ensombrecían el miedo.

Su respuesta hacia Daniel la hizo sentirse débil de una forma que el ataque de Winsor, no había sido capaz de hacerlo.

Respirando hondo, decidida a conseguir que Daniel Mays saliera de su cabeza, sacó su celular, revisó su correo electrónico y frunció el ceño. Había un texto de Tam.

*Encontré a alguien mejor que Thad. Él te recogerá mañana por la noche a las seis y media. Tu madre se quedará sin palabras.*

La primera cosa que Bryn pensó fue: Sin palabras era bueno.

Sin palabras significaba que su madre no la arrinconaría y “expresaría su preocupación” por la carencia de compañía masculina de Bryn otra vez.

Pero el mensaje de Tam era vago e inesperado, lo que hizo que Bryn instintivamente sospechara, lo que a su vez la hacía sentirse culpable. Le gustaba Tam. Confiaba en ella. Pero no era como si fueran amigas de toda la vida o algo así. Sin embargo, *ella* había sido la que le había preguntado a Tam sobre Thad. Y la noción de que su amiga estaba tratando de hacerle un favor a Bryn, la hacía sentir... bueno, apreciada y no se había sentido así en mucho tiempo.

Sus dedos se cernieron sobre el teclado de su teléfono, lista para escribir el mensaje: *No, gracias*. En cambio, ella frunció los labios, y luego alejó su teléfono. Tal vez era tiempo de empezar a dejar que Tam se acercara un poco más. Además, ¿cuán mala podría ser ésta cita? No era como si ella estuviera buscando una relación aquí. El hombre estaría allí creando una barrera entre ella y su madre y eso era todo lo que importaba.

Con un suspiro, Bryn centró su atención en su pila de archivos. El secretario le pidió al aguacil que acompañara al jurado a la sala del tribunal. Mientras esperaban, Bryn sintió la mirada de Daniel en ella. Necesitó recurrir a todo su esfuerzo para no girar hacia donde él.

Durante sus intentos por hablar con ella, él había tomado sus repetidos ataques verbales en su profesión con ecuanimidad. Generalmente, le había dirigido una mirada un poco como reprendiéndola, como si supiera que ella estaba deliberadamente tratando de mantenerlo a distancia. A veces utilizaba su insulto como una oportunidad para compartir información personal sobre sí mismo o para comenzar una discusión intelectual. Por más que lo intentaba, no podía conseguir que él se alejara. Y lo peor de todo era que no quería que lo hiciera.

Pero tenía que ser fuerte, a pesar de los sueños que ahora se presentaban más a menudo. Entre fantasías de lamer la hendidura en su barbilla mientras levantaba su falda y se presionaba en ella, recordaba todo lo que en su vida había desaparecido. No sólo el sexo, eso nunca había sido particularmente bueno para ella. Pero casi había olvidado lo bien que se sentía tener un hombre con quien hablar. Con quien reír. En quién confiar.

No podía confiar en Daniel. Tam había admitido que él era un mujeriego. Peor aún, él era también un abogado defensor, por tanto no era alguien del que ella quisiera ser parte.

Por un instante, recordó el miedo en el rostro de su hermana hace cinco años. Bryn acababa de empezar la facultad de derecho y estaba en casa durante las vacaciones. Ella y Carin habían salido a divertirse juntas. Cuando se habían encontrado de nuevo, Carin estaba con moretones y

llorando y, a pesar de que había tratado de negarlo al principio, ella finalmente le había confesado que su cita, Carl Pageant, la había presionado a ir más lejos sexualmente, luego la había atacado cuando ella le dijo que no.

Él había violado a su hermanita.

Y lo había hecho cuando Bryn supuestamente tenía que estarla cuidando.

En ese entonces, Bryn había estado considerando dedicarse al trabajo de defensa, pero después de que el abogado de Pageant lo había salvado por un tecnicismo, ella cambió su interés a fiscal.

No era justo que metiera a todos los abogados defensores en el mismo saco. Ella no debería pensar mal de todos ellos, pero eso no significaba que tuviera que salir con uno tampoco.

Sin embargo a veces... cuando miraba a Daniel...

Sabiendo que significaría pasar más tiempo con él, quiso llorar cuando Kyle Winsor se negó a declarar. El juicio sólo duró dos días con las declaraciones finales programadas para hoy, pero ni siquiera eso había sido demasiado largo. Daniel era como una droga. Mientras más estaba alrededor de él, más lo deseaba.

En vez de llorar, ella actuó como una verdadera perra en el transcurso del juicio. A Daniel no parecía importarle. El hombre era increíblemente persistente. Un maldito masoquista, pensó Bryn con enfado. Pero talentoso. Por mucho que odiara admitirlo, ella tenía que trabajar duro para obtener una condena en este caso.

Los jurados a veces tenían dificultades para confiar en pruebas circunstanciales para condenar a criminales de carrera y mucho menos a un joven de diecinueve años de edad, con un rostro lozano, quien se las arreglaba para transmitir sinceridad juvenil y ansias de agradar. Combinado eso con la propia marca letal de persuasión de Mays, y el jurado estaría tentado a creer el testimonio de Kyle Winsor de que no tenía nada que ver con el robo en la tienda de su antiguo empleador.

Pero Bryn todavía no estaba derrotada. Ella no culparía al hijo por las acciones de su padre, pero basándose en la evidencia, la culpa de Kyle estaba clara. Sólo podía esperar que el jurado viera más allá del acto de Kyle y ella planeaba centrarse en ese tema durante su alegato final.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, el Juez Lancaster instruyó al jurado. En un momento dado Daniel la miraba tan intensamente, que ya no podía soportarlo. Ella se volteó a mirarlo. Cuando él arqueó una ceja y sonrió, una sensación de satisfacción y deseo sacudieron todo su cuerpo. Para cubrir su reacción, ella levantó su propia ceja y trató de mirarlo fijamente. Parecían pasar siglos, ninguno de los dos parecía dispuesto a esquivar la mirada. Justo cuando ella acababa de empezar a preguntarse cómo él se había hecho la pequeña cicatriz en su mejilla izquierda, alguien pronunció su nombre, llamando su atención hacia el juicio.

— ¿Señorita Donovan? — Dijo el Juez Lancaster en un tono molesto. — El jurado está esperando su alegato final.

El calor inundó todo su cuerpo. ¡Oh Dios! ¿Qué estaba pasándole? Ella en realidad se había olvidado dónde estaba. — Gracias su señoría.

No se levantó de inmediato. Tomó un sorbo de agua y mentalmente se calmó. Cuando se levantó, lo hizo con confianza externa y entonces se dirigió al jurado.

Bryn pronto se olvidó de su vergüenza y se enfrascó en su alegato. Resumiendo las pruebas, Bryn enfatizó el motivo que tuvo Kyle Winsor para robar la tienda de autos de Bill Sherman (Sherman lo había despedido días antes), la familiaridad de los ladrones con el horario de Sherman (el robo ocurrido a las 2:30 de la tarde, cuando Sherman habitualmente se iba a almorzar) y la distribución de la tienda (los ladrones conocían la ubicación de la caja fuerte

oculta) y el uso de los criminales de una ventana con una cerradura defectuosa para poder entrar.

— Estos son todos los hechos, — dijo ella, — los cuales requieren información privilegiada. No es una sorpresa, entonces, que uno de los ladrones nombrara a Kyle Winsor como cómplice. También recuerden que Winsor intentó huir el día siguiente cuando fue abordado por el Detective Lance Romero. Pueden usar esta huida como evidencia de la culpable conciencia de Winsor. ¿Por qué habría corrido si no tenía nada de qué esconderse? No importa cuánto él quiera agradecerlos para que crean que es inocente, las evidencias indican lo contrario. Este joven tiene que asumir la responsabilidad de sus acciones, en lugar de confiar en su buena apariencia y en una sonrisa encantadora para abrirse camino en el mundo.

Con esa última declaración, Bryn miró fijamente a Mays, quién sonrió levemente reconociendo su pequeño golpe.

Bryn concluyó su alegato con un resumen de los elementos del robo, así como los apropiados estándares de prueba. Cuando agradeció al jurado, ella pudo ver que había hecho mella en algunos de ellos. Con una confianza renovada, regresó a su asiento y el jurado cambió su atención a Mays.

A Mays le tomó más tiempo que de costumbre responder. Se reclinó en su asiento, sus largas piernas estaban estiradas frente a él y su barbilla apoyada en sus dos dedos índices. Después de un par de segundos, Mays se levantó, dio unas palmaditas a Kyle Winsor en la espalda y deliberadamente se mantuvo en silencio por unos dos o tres segundos adicionales. La primera cosa que hizo fue estar de acuerdo con Bryn.

— La evidencia en este caso es sin duda perjudicial, damas y caballeros. Si me obligara a arriesgar una conjetura, tendría que decir que las posibilidades eran bastante altas sobre el hecho que el joven Kyle aquí presente, estuvo envuelto en este delito.

Bryn frunció el ceño, no la engañaba ni por un segundo. Sabía por experiencias anteriores hacia dónde intentaba llegar Mays con su alegato. Crear lo que se denomina una falacia del espantapájaros, vale decir tergiversar el argumento del oponente, para que luego sea más fácil atacarlo. Efectivamente, él continuó: — Eso es lo que la fiscalía les está pidiendo que hagan hoy. Que vean las pruebas que se les han dado y hagan su mejor conjetura. Bien, citando a la ya fallecida Ann Richards, quien hizo famosa ésta expresión sureña: “Eso ya nadie se lo traga”. En forma individual, ustedes ya han hecho su mejor suposición acerca de la culpabilidad o inocencia de Kyle. Pero como miembros del jurado, ¿están ustedes dispuestos a decir que no hay absolutamente ninguna duda razonable en sus mentes que tal vez, sólo tal vez, Kyle realmente fuera sólo un espectador inocente en todo esto?

Dos personas del jurado que parecían en trance por el alegato de Mays, sacudieron sus cabezas.

— Hablemos de un asunto que la Señorita Donovan sacó a relucir, algo que tiene que ver con la apariencia externa. ¿Estamos pidiendo absolver a Kyle por su apariencia? Absolutamente no. Pero la apariencia de una persona, su comportamiento, su capacidad de mirarle a los ojos, es la verdadera cosa por la que ustedes están aquí, para juzgar. ¿Quiénes más que ustedes van a determinar si creer en Kyle o no? ¿Tiene él credibilidad? Yo creo que la tiene. La evidencia, por otra parte, simplemente no.

— En primer lugar, hablemos sobre la cuestión de la huida. Mi cliente admite que él se escapó del Detective Romero. Bueno, mírenlo. — Daniel hizo un gesto hacia el fornido detective en la primera fila. — Él es un tipo bastante intimidante. Soy un hombre adulto e incluso yo correría si el Sr. Romero se me acercara.

Los miembros del jurado se rieron ante esto como si ellos también estuvieran de acuerdo,

odiarían ser abordados por un detective que parecía una montaña, con unos brazos del tamaño del tronco de un árbol.

Mays continuó, — Cuando ustedes miran a Kyle, ¿les parece una persona que podría poner en peligro su futuro por una cuarta parte de \$800? Ahora, no estoy diciendo que ustedes puedan ver a Kyle y ver la verdad, pero sin duda pueden tener en cuenta todo lo que han observado sobre él en los últimos días. ¿Les ha parecido ser alguien que pase el rato con tres delincuentes de secundaria que no tienen nada mejor que hacer que fumar marihuana y buscar su próximo objetivo? No. Kyle ha declarado que él no tenía nada que ver con el robo de la tienda del Señor Sherman y la fiscalía no les ha dado nada para contrarrestar concretamente eso. Ellos les han dado las circunstancias y sospechas, eso es todo.

— Ahora, la Señorita Donovan es quizá la abogada más bonita que he conocido. Ella es también una de las más talentosas. Pero tiene razón: Las apariencias no son suficientes para absolver a un hombre y ciertamente tampoco son suficientes para condenarlo.

Primero Bryn pensó que ella había oído mal. ¿En realidad él se había referido a su aspecto durante su alegato final? Aparentemente, todos los ojos en la sala de audiencias, incluyendo al Juez Lancaster, se habían dirigido hacia ella.

Bryn se sonrojó, pero antes de que pudiera oponerse al comentario personal de Mays, él dijo con una sonrisa: — Ahora, puedo decir mirando la cara de la Señorita Donovan, que vamos a tener una pequeña reunión de "sin tabúes" por mi comentario machista, pero sí tengo un punto, así que por favor sean pacientes conmigo. Verán — dijo, — la ley define como una duda razonable la convicción firme en la verdad de algo. Puedo ver a la Señorita Donovan y tener una firme convicción de su belleza. Puedo verlo por mí mismo. Todos nosotros podemos. Puedo trabajar con ella y tener una firme convicción de su inteligencia y pasión. Puedo oírlo en cada palabra que dice. Ustedes pueden hacerlo también. Pero a pesar de estas apariencias exteriores, no puedo tener una convicción firme de sus conclusiones, porque esas conclusiones, así como todo lo demás en este juicio, tienen que estar basadas en la evidencia y la evidencia aquí simplemente no es suficiente para condenar a Kyle. — Mays continuó criticando la credibilidad del principal testigo de la fiscalía, el ladrón que había vendido a Kyle Winsor, pero Bryn apenas lo oyó.

Ella no podía creer que el idiota había usado su nombre durante su alegato de la forma en que lo había hecho. Cuando terminó, estaba tan furiosa que apenas podía calmarse lo suficiente como para dar un alegato conciso de refutación. Pero lo hizo. En el momento en que el jurado había sido escoltado hasta su sala de deliberaciones y estuvieron simplemente Vance y ellos dos en el tribunal, Bryn estaba lista para atacar.

— ¿Estás loco? — Ella le espetó, caminando a zancadas hasta él y golpeándolo en el pecho. — ¿Cómo te atreves a sacar un truco como ese?

Daniel levantó las manos como para protegerse de ella. — Vamos, Bryn, sólo estaba exponiendo mi posición. Una válida.

Bryn apenas pudo responder. En realidad balbuceó durante unos segundos, por lo que Daniel tuvo que reprimir una sonrisa.

Bryn entrecerró los ojos y se inclinó hacia él. Sin pensarlo, ella extendió la mano y le insertó el dedo índice en la mitad de su clavícula. Dirigió el dedo hacia debajo de su corbata color borgoña y sintió su pecho, donde los músculos de su abdomen se contraían. Detuvo su dedo en la cintura de su pantalón, una fracción de segundo antes de que él agarrara su muñeca. Con dulce hostilidad, le clavó la uña en su duro abdomen y le dijo: — La próxima vez que decidas exponer una posición refiriéndote a mi apariencia, abogado, te pondré a ti y a tus rústicos modales

sureños en un triturador. ¿Fui clara?

Terminando su ataque con una mirada final, Bryn alejó su mano de la de él, se dio la vuelta y se marchó hacia la puerta de la sala del tribunal. Pero ella no consiguió salir por la puerta antes de que la risa y el comentario de Vance llamaran su atención. — Oye, hombre, ¿quieres un vaso de agua con esas bolas?

## CAPÍTULO TRES

Eran cerca de las siete en el momento en que Bryn colgó el teléfono con su último testigo para la audiencia preliminar en el caso de Jeff Mancini. El policía le había estado relatando su persecución a alta velocidad desde la parte demandada, cuando de repente mencionó que el acusado tiró una pistola por la ventanilla de su coche. Una pistola que el policía dijo que más tarde había recuperado, pero que nunca fue mencionada en ninguno de los informes policiacos que ella tenía en sus archivos. Al parecer, el policía había escrito un informe complementario, pero ella nunca lo recibió.

Bryn trató de frotarse y quitarse el dolor que flotaba cerca de su sien. Ya podía oír los gritos melodramáticos del defensor público de incompetencia, o lo que era peor, de conspiración. ¡Qué perfecto final para un día desastroso!

Había comenzado la mañana perdiendo en el tribunal e incluso amenazada por Daniel Mays. Todavía podía recordar la calidez de su cuerpo mientras ella se había inclinado hacia él y... sí, en realidad lo había hecho... presionando con su dedo por encima de la ingle mientras lo había amenazado con triturarlo. Aunque ella había estado furiosa, había llegado a percibir su perversa satisfacción al hacerla perder el control. También había visto que sus ojos se oscurecieron y que apretó su mandíbula cuando ella lo había tocado y había sentido en su propio estómago una sacudida en respuesta a ello.

¡Jesús! pensó. ¿Qué había estado pensando tocándolo así? ¿Y sólo porque la había llamado "bonita" durante su alegato final?

Mortificada por su comportamiento, su única defensa había sido una rápida retirada. Pasó los siguientes cuarenta minutos en la desierta biblioteca legal del tribunal antes de que el secretario del Juez Lancaster la llamara. Durante los siguientes veinte minutos, ella se sentó en la sala del tribunal, mientras los miembros del jurado leían sus veredictos de "no culpable", poniendo fin a su perfecto récord de condenas. Tan pronto como el jurado se retiró, ella caminó hacia fuera del tribunal, con la frente en alto mientras Mays terminaba con su cliente. Por suerte, se las había arreglado para lograr las conferencias previas al juicio de la tarde sin incidentes, antes de regresar a su oficina para hacer unas llamadas.

Desafortunadamente, todavía tenía muchas cosas que hacer antes de que pudiera caer en rendida en su enorme cama y perderse en el sueño.

Trabajar. Dormir. Esto más o menos resumía su vida. La mayor parte del tiempo, el patrón no le molestaba. Le gustaba su trabajo. Le gustaba ayudar a los demás. Le gustaba el hecho de que las personas, tanto civiles como sus colegas del mundillo legal, la respetaran. Pero a veces, cuando ella quería compartir detalles de su día u olvidarse de todo acerca de ellos mientras hacía una larga caminata por la naturaleza, se daba cuenta de que no había nadie allí para escucharla o para acompañarla.

Así que, no era sorprendente que la atención de Daniel la hubiera hecho perder el equilibrio, se dijo. El hombre era demasiado egocéntrico, siempre abstraído en sí mismo, y ella odiaba el hecho que, al igual que cualquier otro ser viviente del sexo femenino, estuviera atraída a él.

El año pasado, él había salido con Natalie Chan, una reportera del tribunal. Bryn los vio saludarse mutuamente en una ocasión, luego de la jornada en el tribunal. Daniel se dirigió a Natalie, diciendo: — Oiga, linda señorita, — y se abalanzó para un beso. Bryn pensó que la muestra de afecto pudo ser un poco inapropiada ya que estaban en el trabajo, pero a Natalie no pareció importarle. Ella puso sus brazos alrededor de Daniel y le devolvió el beso con entusiasmo. Daniel le acarició la espalda con sus grandes y fuertes manos y luego las movió

hacia su cabello.

Bryn no había sido capaz de apartar la mirada. Había visto a la pareja con un sentimiento incómodo cercano a los celos, y por un momento, deseó desesperadamente tomar el lugar de Natalie. Cuando Daniel había levantado la cabeza, la había visto mirándolos y sonrió.

Bryn se había sentido mortificada. Ella había caminado rápidamente, llamándose a sí misma tonta.

Desde ese día, se dijo a sí misma repetidamente que no podía desear a Daniel Mays. Un abogado defensor. Alguien que se ganaba la vida tratando de ayudar a los demás haciéndolos salirse con la suya con sus delitos. La mayoría de las veces, su razonamiento funcionaba. Se había convencido a sí misma de que Mays podría ser un caramelo para los ojos, pero no era para ella.

Cuando Daniel la había llamado "bonita" durante su alegato final, Bryn no había estado preparada para la intensidad de su reacción. Sí, había sido inadecuado, pero eso no era por lo que ella había perdido el control. Había estado enojada. Enojada con él. Y con ella misma. Enojada porque sus propias malas decisiones la habían llevado a ese lugar, un lugar donde incluso un simple cumplido podría enviarla en picada a la añoranza.

Bryn suspiró. Él no había tenido la intención de todas formas. Estaba segura que él había estado tratando simultáneamente de agradecerle al jurado y de desconcertarme. Lo cual era exactamente lo que había sucedido. Él había ganado el caso indiscutiblemente.

Unos treinta minutos más tarde, ella agarró su caja de archivos y salió del área segura de los fiscales de Distrito y entró a la sala pública. Se detuvo de inmediato cuando vio a Daniel Mays tumbado incómodamente en una de las sillas de la sala de espera. Él se levantó lentamente, dándole una ligera sonrisa y un simple — Hola. ¿Cómo estás?

— Genial, — ella contestó. — Considerando que acabo de perder mi primer caso contra un manipulador criminal pre adolescente con mejor apariencia que cerebro.

- Oh, vamos, — dijo. — Kyle Winsor no es tan malo.
- No estaba hablando de Kyle Winsor.

Daniel hizo una mueca. — Auch,— dijo, frotándose el área por encima de su corazón. — Vamos dos a cero, señorita. ¿Qué tal si me das un respiro? Todavía tengo las marcas que quedaron de esta mañana.

- Las que te mereces totalmente, — dijo ella bruscamente. — Te pasaste de la raya.

— Sí, lo hice, — reconoció. — Pero sólo estaba tratando de exponer mi argumento. — Él levantó las manos cuando ella abrió la boca para discutir con él. — Acerca de lo bonita y apasionada que eres. Lo cual casualmente ayudaba a mi cliente al mismo tiempo.

Bryn sintió un definitivo aleteo en el estómago y de inmediato se reprendió a sí misma por su estupidez. Unas cuantas palabras melosas no serían suficientes para influir en ella. — ¿Oh? ¿Se supone que eso era para agradarme? ¿Qué creas que soy bonita? Me manipulaste, justo como me has estado manipulando desde...

Daniel terminó la frase de Bryn después de haber pasado unos segundos. — ¿El ataque de Winsor? No he estado manipulándote.

— ¿Cómo se llama lo que has estado haciendo durante la última semana? Acechándome en el tribunal. Mirándome. Acercándote a mí todo el tiempo. — Tocándome. Recordó su dedo largo acariciando su tatuaje y casi se estremeció de placer, entonces reprimió el pensamiento. De

ninguna manera iba a sacar a relucir el tema.

— Bueno, vaya, no lo sé, — comenzó diciendo con cierta vehemencia. — Si tienes que preguntar, tal vez no estoy haciéndolo bien.

- ¿Haciendo bien qué?
- ¿Cortejarte?

Ella hizo una pausa, desconcertada. — ¿Es una pregunta?

— No. Es lo que estoy haciendo. ¿Ya sabes, cuando un hombre deja que una chica sepa que está interesado en ella?

- Por lo general, eso se hace con flores y cenas.

— Demasiado trillado, — dijo. — Pero demonios, estoy dispuesto a intentarlo si eso funciona para ti. ¿Qué te parece?

- ¿Qué me parece qué? — Ella preguntó con exasperación.

— Flores, cena, a la luz de las velas. Conozco un gran restaurante italiano a sólo unas cuabras de aquí.

Bryn rió. — ¡Eres sorprendente! Estoy enojada contigo. ¡Además, acabas de ayudar a Kyle Winsor a salirse con la suya en un delito! ¿Qué te hace pensar que me gustaría salir contigo?

Daniel la miró retándola. — Niégalo todo lo que quieras, pero hay algo entre nosotros.

— Oh, sí hay algo, — ella espetó. — Mi completo y absoluto desagrado por lo que haces para ganarte la vida.

- ¿Qué? ¿Defender la Constitución?

— ¿Es así como lo llamas cuando a un jurado le toca decidir sobre un caso de intento de robo sin tener información de que el acusado tiene antecedentes de robo?

— Se le llama darle al acusado un trato justo.

— Una ventaja injusta, más bien. ¿Trato justo? Bueno, para usar un término sureño que debes apreciar: “Justo, es el precio que pagas para tomar el autobús”. Yo denomino a tu trato justo, un agujero en el sistema legal.

Daniel negó con la cabeza. — Bastante duro. ¿No crees que todo el mundo merece ser juzgado basándose en sus verdaderas acciones y no por sus errores del pasado?

— El pasado de una persona puede ser un reflejo de su verdadera naturaleza. — La estremeció el escuchar las palabras que salían volando de su boca. Pensó en la forma en que ella había dejado a su hermana sola para festejar con un chico cuyo nombre, incluso no podía recordar. Pensó en lo que eso decía sobre su verdadera naturaleza. Si Daniel supiera, ¿qué pensaría de ella? ¿Qué pensaría acerca de sus intentos de compensarlo?

— Pero no es una garantía — dijo él.

— No, no es una garantía. Pero tampoco lo es un pasado irrelevante. Una persona puede cambiar su vida. Pero tiene que estar dispuesta a aprender de su pasado. De alguna manera, no creo que Kyle Winsor vaya a hacer eso. — Bryn movió la caja en sus brazos. — Mira, esto es pesado y me tengo que ir.

Daniel se movió como si fuera a tomar su caja, pero se detuvo cuando ella frunció el ceño.

— ¿Cena? —, preguntó con esperanza.

— No,— dijo. Después de una pausa, completó, — Pero gracias.

Él sonrió. — La oferta está abierta en cualquier momento.

Cuando ella comenzó a caminar por delante de él, éste tocó su brazo. — ¿Bryn?

Ella alzó la vista, enmascarando el temblor que sintió con su toque. — ¿Sí?

— Realmente lo siento por cualquier vergüenza que te haya causado esta mañana. En cuanto a Winsor, tú sabes tan bien como yo que no había evidencia.

— Bueno, aparentemente eso es lo que pensó el jurado,— dijo ella, no dispuesta a darle la razón. — Y no uses mi apariencia en ningún alegato final nunca más, — añadió en tono de advertencia.

— Entendido, — dijo con su acento sureño alargando la palabra.

Ella se resistió a la tentación de morder la fuerte y angular línea de su mandíbula. Apenas.

Estaba casi saliendo de la puerta, antes de que su voz la detuviera una vez más. — Te veré en la comparecencia mañana.

De espaldas a él, cerró los ojos y tomó un respiro. — ¿Por lo menos tienes un cliente para representar entonces?

— No,— dijo. —Pero nunca se sabe quién aparecerá necesitando un poco de ayuda.

Ella se fue sin decir una palabra más, agradecida de que él no pudiera ver la leve sonrisa en sus labios.

\* \* \*

Daniel miró a Bryn irse, observando mientras ella ponía su caja en el maletero de su Jetta verde oscuro antes de irse. Mientras habían hablado en el vestíbulo, su cuerpo delgado había luchado un poco con el peso de la caja y él se había tenido que contener para no ayudarla. Estaba seguro que ella no habría apreciado el gesto. De hecho, ella probablemente hubiera cortado su cabeza en lugar de darle las gracias. La señorita ciertamente gustaba de su independencia.

Todo en ella era elegante, pero discreto. Su ropa era obviamente de buena calidad. Sus zapatos pulidos. Los pendientes de diamantes en sus orejas eran reales. Pero sus uñas estaban sin esmalte. Y rara vez sonreía. Era como si ella necesitara mantenerse alejada de todo el mundo con el fin de ser tomada seriamente. Se preguntó si ella mantendría su fachada cuando salía del trabajo, o si se regalaba a sí misma un masaje ocasional o a una noche de chicas, que era lo que la mayoría de las mujeres parecían disfrutar.

A él le encantaría darle un masaje.

Daniel la imaginó desnuda, tendida cómodamente sobre una mesa de masaje. Sabía que su piel era como cremosa porcelana cubriendo sus delicadas curvas. Sus pechos eran un poco pequeños, pero a Daniel no le importaba. Claro, él amaba los pechos grandes tanto como cualquier tipo, pero él era un firme creyente en la calidad sobre la cantidad. Y los de Bryn eran de un estándar de excelencia. Grandes senos parecerían ridículos en su cuerpo delgado. En cambio, los suyos eran pequeños globos, redondeados y carnosos. Sus largas manos los cubrirían fácilmente. Se imaginaba frotándolas con aceite, y luego pasando sus manos por su caja torácica, caderas y muslos, hasta que su cuerpo entero brillara. Ella estaría resbaladiza. Tan resbaladiza en el exterior como en el interior. Masajearía sus contraídos músculos hasta que se relajaran. Hasta que sus ojos estuvieran deslumbrados de placer. Entonces él subiría encima de ella. Su propia piel desnuda y músculos, deslizándose fácilmente sobre ella, en ella. Y ella suplicándole que lo acabara. Para catapultarla y llevarla al límite. Gritando de placer cuando ella acabara.

Daniel sacudió la cabeza para despejarse. Mierda. Estaba fantaseando otra vez. Sus manos

habían estado trabajando horas extras la última semana tratando de controlar y apaciguar su cuerpo. Cada vez que buscaba liberarse, se quedaba con un sentimiento más profundo de insatisfacción, como si su cuerpo le estuviera diciendo a su mente, — ¡Date prisa, imbécil! La necesito. ¡Ahora!

Daniel sabía que él se había pasado de la raya cuando había usado su nombre en el alegato final. No lo había necesitado. Tenía buenos instintos sobre el jurado y sabía que no había manera de que alguno de ellos pudiera condenar a Kyle Winsor. Pero en esa sala del tribunal, después de escuchar a Bryn atacarlo durante los últimos días, había estado listo para hacer su jugada. No iba a dejarla que fingiera indiferencia hacía él ni un momento más. Pensaba que era bonita. Demonios, más que bonita. En una manera discreta, ella era preciosa. Él lo sabía. Y quería que ella lo supiera.

Y su táctica había funcionado. Ella había perdido su control. Tanto así, que en realidad lo había tocado. Cuando pasó su dedo por su pecho y más abajo hacia la ingle, maldita sea casi estalla a través de la cremallera. Agarró su muñeca, pensando que ella trataría de arrancar sus bolas. Parecía lo suficientemente enojada para hacerlo. A pesar de que ella lo había amenazado, él notó la delicadeza de su muñeca, el fuego en sus ojos y la suavidad de sus labios. Cuando se fue, él había salido justo detrás de ella, con miedo a que toda la sala se diera cuenta de su furiosa erección.

Tal y como sucedió, Vance lo estuvo molestando sobre su erección todo el día.

Cuando el tribunal había vuelto a convocar, él había evitado mirarla. No era sorprendente que el jurado hubiera absuelto a Kyle Winsor. Él había hablado con Kyle después, pero ya había estado planeando ir tras de Bryn. Y verla, hablar con ella, simplemente había confirmado que ella sería suya.

Había visto su sonrisa en el reflejo de las puertas con paneles de vidrio del edificio. A pesar de que la conversación había terminado en un debate jurídico, que sólo hacía hincapié en sus diferencias, habían logrado conectarse de una manera personal, lo cual nunca había sucedido antes. Lo mejor de todo, es que él había puesto sus intenciones sobre la mesa. Claro, sólo había verbalizado lo que ambos ya sabían. Estaba atraído a ella. Ella luchaba encarnizadamente. Pero no podría decir que él no se lo había advertido.

Esperando con ansias el próximo encuentro, Daniel se fue con una sonrisa.

## CAPÍTULO CUATRO

A la noche siguiente, mientras ella se paseaba en su sala y se vestía con sus mejores galas para la fiesta de compromiso de Carin, Bryn finalmente aceptó la verdad.

El amigo de Tam no sólo estaba retrasado, él no llegaría.

Grandioso. Simplemente genial. Su semana había sido una porquería.

Primero, había sido atacada por el padre de Kyle Winsor en el tribunal. Luego había perdido ese juicio con Daniel. Ahora la dejaba plantada un hombre cuyo nombre ni siquiera conocía.

Por no mencionar el hecho de que Daniel Mays de pronto había decidido que se sentía atraído por ella y la perseguía con todas sus fuerzas.

¿Qué iba a pasar después?

Esperó cinco minutos más, y luego decidió que era hora de irse. No seguiría esperando al desconsiderado amigo de Tam ni un segundo más.

Se dijo que era lo mejor. Ella no esperaba nada más que una noche agradable para conocer a alguien. Tal vez un poco de coqueteo. Alguna conversación. Una fachada para demostrarle a su madre que no se quedaría sola y miserable. Pero dejando de lado la soledad, la última cosa que necesitaba era un hombre para complicar su vida. Ella era básicamente feliz. No necesitaba nada más.

Casi se había convencido a sí misma cuando sonó el timbre de la puerta. Entonces la abrió y vio a Daniel Mays.

\* \* \*

Cuando Bryn abrió la puerta, Daniel casi se quedó boquiabierto. Era la primera vez que la había visto en algo más que no fuera un traje. Llevaba un sencillo vestido negro, pero no había nada sencillo acerca de lo que el vestido le hacía a sus curvas. Se mostraban a la perfección, acentuadas por un toque de joyas y maquillaje que hacían ver sumamente sensuales sus ya exóticos rasgos.

Obviamente, la sangre salió de su cabeza y corrió por debajo de su cintura porque dijo lo primero que se le vino a la cabeza. — Tu pelo... Tú... ¿lo alisas antes del trabajo?

La mano de Bryn se dirigió hacia su pelo ondulado. Daniel había pensado que se veía bonito antes. Alisado, parecía como una caída de seda oscura y brillante. Al rizárselo, le permitía girarlo como quisiera, parecía más ligero. Más salvaje. Más suave. Daniel tragó saliva fuertemente y apretó sus manos para impedir que buscaran tocarla.

— ¡Mierda! — El café caliente se desbordaba en su mano y ropa, quemándolo. Dejó caer la taza y trató de sacudir la mayoría del líquido de su mano. Había tenido la intención de traer vino o flores, pero Tam le había dicho que un chocolate blanco macadamia mocha de la cafetería que estaba cerca de su casa, era la debilidad de Bryn, mañana, tarde y noche. Ya que ella estaría un poco molesta con Tam y Daniel por su engaño, Tam había sugerido que le consiguiera uno grande, el cual llevaba ahora en su mano.

Hasta ahí llegaban sus mejores planes...

— ¡Oh, no! — Bryn abrió más la puerta y salió. Pareció indecisa por un segundo y luego retrocedió y volvió hacia adentro. — ¡Espera! Te traeré una toalla. — Mientras corría hacia la cocina, Daniel aprovechó la puerta abierta y entró en su casa.

Aunque había pocos muebles en la habitación, eran de buena calidad. El sofá verde profundo parecía cómodo, sus cojines mullidos eran suaves y acogedores. La mesa de centro de teca oscura y la mesa auxiliar, tenían libros y revistas apilados cuidadosamente. Pero ahí no había

muchos toques personales. Ni fotografías. A Daniel, la sala le recordaba a Bryn. Controladora pero atractiva a pesar de sí misma.

Bryn regresó, casi corriendo hacia él. — Qué... — ella sacudió la cabeza y le dio la toalla, retrocediendo después de haberlo hecho. — No te invité a entrar Daniel. — Ella se apartó el cabello de la cara. — Necesito que te limpies y luego te vayas. Estoy a punto de salir. — Ella agitó su mano, señalando la camisa y los pantalones manchados. Sus ojos se detuvieron en la cremallera por un breve momento, pero el tiempo suficiente para obtener una respuesta.

De repente, el aire pareció sobrecargado con tensión. Una cuerda invisible lo jaló, animándolo a bajar las pretensiones y dar a conocer su interés de una forma más abierta. Daniel dejó caer la toalla, se acercó a ella y levantó su cara mientras ahuecaba su barbilla.

Quería mirar dentro de esos ojos cuando la besara por primera vez. Lentamente, él bajó su cabeza. Vio que ella abría los ojos y la escuchó contener el aliento. Se detuvo con sus labios a un milímetro de distancia de los de ella. Esperó hasta que ella exhaló temblorosamente. Esperó hasta que inhaló una vez más. Y entonces puso sus labios sobre los de ella.

\* \* \*

Tam tenía razón. Daniel Mays sabía cómo besar. Sus labios eran un estudio en contraste. Suaves y firmes. Tiernos y voraces. Frescos y calientes. Ella gimió cuando su lengua entró en su boca, tentando la suya propia. Todo su cuerpo estaba repentinamente inundado de sensaciones.

Su corazón latió más rápido.

Su piel se tornó más caliente.

Sus labios se aferraron a los suyos.

Sus pezones se endurecieron y se sintió humedecerse.

Se sintió desorientada. Y asustada. Se separó de él con pánico, tratando de recuperar el aliento. — ¿Qué estás haciendo aquí? — Preguntó finalmente, avergonzada por el áspero tono en su voz.

La propia voz de Daniel fue áspera. — Me ofrecí a llevarte a la cena de compromiso de tu hermana. ¿No te lo dijo Tam?

Ay, no. La vergüenza y la ira la invadieron. — No me dijo que me haría una cita contigo. Si lo hubiera sabido... — Ella sacudió la cabeza. — Quiero decir...

Daniel asintió. — Quieres decir que nunca hubieras abierto la puerta. — Él inclinó la cabeza. — ¿Por qué razón?

— Trabajamos juntos.

— Entonces tengamos una cita juntos.

— ¡No! — Ella casi lo gritó, sorprendiendo a ambos. Temblaba de pánico, con ganas de aceptar su invitación aun sabiendo cuán débil y patética eso la hacía ver.

Él frunció el ceño. — Bryn, hay algo entre nosotros. Ese beso fue increíble. Sabía que lo sería. Sabía que tú lo serías. — Dio un paso hacia ella, pero ella levantó las manos.

— Daniel, detente. Esto no va a pasar entre nosotros. Nada va a suceder.

Él gruñó con frustración, metiendo la mano por entre su cabello. — ¿Por qué?

— Eres un abogado de...

— Abogado defensor. Sí Bryn, lo sé. Soy un abogado defensor. No un perverso. No un criminal. Solo me aseguro que las personas acusadas de delitos, gocen de sus derechos constitucionales.

— ¿Criminales como Kyle Winsor quieres decir?

— El jurado lo absolvió, Magistrada.

— Encontré que el informe de la policía y la declaración de la víctima, fueron más que suficientes para probar su culpabilidad.

Él dejó escapar una breve carcajada áspera. — Grandioso. Entonces, ¿qué? ¿Debería haber abandonado el juicio, sólo para conseguir que salieras conmigo?

Él no parecía feliz y el bulto de pesar que se formó dentro de ella en el interior de su estómago, se hizo eco del sentimiento. Para combatirlo, se obligó a ser lógica. Analítica. — De todas formas, ¿Por qué quieres salir conmigo?

— ¿Qué? — Él parecía completamente confundido.

— Hace una semana ni siquiera sabías quién era yo.

— Eso no es cierto. — Su declaración fue enfática. Aun así, ella sintió su incomodidad con este tema en particular.

— Bueno, ciertamente no estabas atraído por mí. Probablemente ni siquiera me reconocías como mujer, ¿verdad? — Cuando él continuó sin decir nada, ella dijo: — Sí, eso es lo que pensé. — Esperaba que su rostro no transmitiera el temblor de dolor que la atravesaba.

— Mira, lo admito, fui un poco lento en darme cuenta. Eso no tiene nada que ver con si me siento atraído por ti. Lo estoy. Increíblemente atraído. — Dirigió sus manos hacia su cintura. — Y sé que tú estás atraída por mí también. ¿Cierto?

— Yo... yo... — Las manos de él casi se extendieron por toda su cintura. Eran manos fuertes, igualmente capaces de acariciar la suave piel de una mujer, como también, de vencer a cualquier hombre que la amenazara.

— ¿Cierto? — Él susurró, antes de bajar sus labios a los de ella una vez más.

Ella no podía hacerlo. No podía dejar que la besara. No estaba segura de si sería capaz de detenerlo de nuevo. No ahora que ella conocía su sabor. Y tenía que recordar quién era él.

Cómo había trabajado tan duro para llegar a ser lo que era.

Cómo esas dos personas nunca podrían mezclarse. No en su mundo.

Ella retrocedió antes de que sus labios pudieran conectarse. — Sí, me siento atraída por ti, pero me he sentido atraída a una gran cantidad de hombres. — No era cierto, pero él no tenía que saberlo. — No siempre sigo mis impulsos. Y no estoy haciéndolo contigo.

— Eso es...

— El final. Adiós Daniel. Nuevamente, gracias por ofrecerte a ayudarme, pero iré a la cena sola.

Daniel dejó caer las manos de su cintura, giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta, luego la sorprendió cuando regresó otra vez. Tenía el aspecto de un gran gato merodeando alrededor de su pequeña sala. Y no un gato gordo de casa como su Tikka. No, Daniel Mays era una gran pantera elegante, dando vueltas a su compañera, dispuesto a hacerla suya. A su vez, se sintió no como su presa, sino como su complaciente víctima. — Por Dios, Magistrada, me estás crispando los nervios.

Su acento sureño fue ligeramente más marcado, haciéndola temblar. Calma chica. — Bueno, escucha, *esa* es la manera de conquistarme, — dijo arrastrando las palabras sarcásticamente.

Daniel cerró los ojos, como si llamara a un poder superior para resistir. — Muy bien, — dijo después de un momento. — ¿Cuál es la manera de conquistarte?

— Vete, — dijo ella.

Daniel caminó lentamente hacia Bryn, quien retrocedió a pesar de sí misma. Él mantuvo el paso con el de ella hasta que se topó con una pared. Luego él plantó las dos palmas de sus manos sobre su cabeza y se inclinó hacia abajo, mirándola fijamente a los ojos. Él estaba tan cerca que podía ver que una banda de oro rodeaba sus pupilas oscuras. — Me voy a ir, pero esto no ha

terminado todavía. Ni remotamente. Nosotros nos hemos probado el uno al otro Bryn. Sólo ese primer contacto y me has hecho poner más duro de lo que haya logrado cualquier otra mujer. Piensa acerca de cuán bueno fue eso. Y lo bueno que será. Porque solo estamos empezando.

Daniel bajó su ardiente mirada hacia sus labios. Ella contuvo el aliento. Esperando, rogando secretamente, para que la besara. En cambio, él se apartó, caminó hacia atrás, hacia la puerta principal, luego giró y salió de la casa.

Bryn lentamente se deslizó por la pared hasta quedar sentada en el suelo. Con el corazón golpeando fuertemente en su pecho, ella se tocó los labios con los dedos, cerró sus ojos, y, tal como él lo había indicado, pensó en cuán bueno había sido.

Sólo un beso y su cuerpo se había encendido. Quería más. Lo deseaba. Sus hambrientos sentidos habían cobrado vida. Había sentido el calor que emanaba de su cuerpo. Lo había olido, limpio y sexy. Jabón mezclado con la fuerza embriagadora de su colonia. Había abierto su boca para él, pero ella hubiese querido hacer más. Había querido tocarlo. Presionar su cuerpo contra el suyo. El querer hacerlo no la había sorprendido o asustado particularmente.

Lo que la había asustado había sido el salvajismo de su propia respuesta. Si había pensado que podría estar debajo de Daniel y permitirle tenerla mientras gemía suavemente, ella podría haber cedido ante el deseo de su cuerpo por más. Pero en el momento en que la había besado, sabía que nunca podría mantener ese nivel de control. Daniel había sacado su lado salvaje. La hizo querer empujarlo al suelo y arrancar su ropa. La hacía querer lanzar lejos la precaución, olvidar el decoro y la respetabilidad, y revolverse y retorcerse y aullar y gritar hasta que ella se olvidara de todo, su pasado, su presente, su futuro y simplemente perderse en él.

Sólo un beso y ella había estado dispuesta a olvidar su mejor juicio.

Eso era lo que la había asustado.

Y le había dado fuerzas para retroceder cuando él había tratado de besarla de nuevo.

Y eso sería lo que le daría la fuerza la próxima vez.

Porque no podía olvidar lo que le importaba. La justicia lo era todo para ella y el trabajo de Daniel consistía en impedirla. No podía permitirse el lujo de perder el control y con Daniel, no habría otro resultado.

## CAPÍTULO CINCO

— Así que, ¿qué vamos a hacer con Bryn?

Daniel levantó la vista de su plato y le frunció el ceño a Tam. Ella y Vance lo habían encontrado en The Boat House, el restaurante favorito de Tam, y ella ni siquiera lo había dejado beber su primera cerveza antes de ir al grano. — ¿Qué quieres decir?

— Han pasado dos días, Daniel. ¿De verdad vas a dejar que una cosa tan minúscula como el que te haya rechazado, te detenga de ir tras lo que quieres?

— ¿Ha dicho ella cualquier cosa de mí? — Él preguntó y luego hizo una mueca por sonar como un estudiante de séptimo grado.

Tam le dio una mirada de "ubícate " mientras ella frotaba su estómago. — ¿Estás bromeando? Me leyó la ley anti-protestas. Pensé que mi embarazo la haría tomárselo con calma, pero hombre, estaba equivocada. Ella debe asustar a morir a cualquiera en el estrado de testigos. Estaba impresionada.

— Eso confirma mi opinión, — dijo Vance, dándole a Daniel una de las cervezas que acababa de traer del bar. Se inclinó sobre Tam, puso su mano sobre la de ella, y la besó por encima de su cabeza. —Ella es despiadada. Y pensé que habíamos acordado que dejarías de presionar a Daniel para empatarse con Bryn.

— Ella es despiadada sólo cuando tiene que serlo y merecí su reproche. Apenas hemos comenzado nuestra amistad y me confió sus inseguridades, pidiendo mi ayuda. En cambio, yo te envié.

— Oye... —, comenzó Daniel.

Tam agitó sus manos alejándolo. — Ah, tú sabes lo que quiero decir. Quería a alguien fácil para solucionar un problema. Sin complicaciones. Tú no eres fácil. No de la manera que ella quería.

— Está bien, ¿vas a insultarme toda la noche? Porque puedo ir a ver a mis clientes para eso.

— Shhhh. Estoy diciendo algo importante. Sabía que ella correría, pero quería darte una oportunidad. Te quiero, y sé que cualquier mujer tendría suerte de tenerte. Y realmente me preocupa que Bryn...

— Eres demasiado bondadosa...— Vance comenzó.

Tam palmeó su mano y entonces miró a Daniel. — Es sólo que no entiendo por qué has dejado que ella te asustara. Ese no eres tú Daniel.

— Ella no está interesada Tam.

Tam resopló. — Ella está interesada Daniel, créeme. ¡Sólo está asustada!

— ¿Asustada?— La idea molestó a Daniel. Prejuicios contra él, claro. ¿Pero asustada? — ¿De mí? ¿Por qué?

Tam frunció el ceño. — No estoy segura. Ella nunca habla acerca de sus experiencias con los hombres. Realmente no habla de nadie. Sólo recientemente se ha soltado lo suficiente para hablar de su hermana y su madre.

— ¿Por qué sigues intentando, si es tan difícil conseguir que se abra contigo?

— Porque ella es especial. Se interesa por la gente. Verdaderamente le importa. Si yo la necesitara, ella estaría allí para mí.

Tam sonaba tan segura de sí misma. Como si tuviera una ventana secreta funcionando en el interior de Bryn Donovan. Él deseaba poder ver dentro de Bryn con la misma claridad que Tam lo hacía.

Tam continuó. — Creo que alguien en su pasado la lastimó y le hizo mucho mal. Ella sólo

ha salido con un par de hombres en estos años. Nunca en serio.

Ahora fue el turno de Daniel de fruncir el ceño, uno, por pensar en algunos hombres anónimos haciéndole daño y segundo por el pensamiento de ella teniendo citas. De cualquier manera, él quería hacerle daño a alguien. — ¿Qué hombres?

— No lo sé. Usualmente, los chicos que su madre le presentaba.

Ahh. Eso es cierto. Su madre. Él se movió en su asiento. — Entonces, ¿cómo estuvo la cena de compromiso?

— Bueno, después de que ella verbalmente me desollara por mi trampa ciertamente astuta y tú apareciéndose en su puerta, ella dijo que era exactamente lo que había esperado. Lo que significa que no fue divertido. Pero ama a su hermana a más no poder y mientras Carin esté feliz, Bryn está feliz.

Él asintió con la cabeza, pero dado lo poco que sabía sobre Bryn, no la podía visualizar viviendo su vida vicariamente a través de alguien. Era demasiado obstinada. Demasiado apasionada. Ella sólo tenía que aprender cómo aplicar esa pasión a algo que no fuera trabajo. Sólo que Daniel no estaba seguro de ser el hombre adecuado para enseñarle eso.

Divertida y cálida, se recordó a sí mismo. Él tenía una buena vida. ¿Por qué complicar las cosas con alguien que él sospechaba que era especial pero que no parecía dispuesta a mostrarle ese lado de ella misma? Hora de dejarlo ir. — Lo siento Tam. Sé que te preocupas por ella, pero ella tiene un prejuicio personal contra los abogados defensores. Creo que sería inútil perseguir a Bryn.

Tam suspiró. — Ella parece tener una reacción bastante... exagerada acerca de tu elección de carrera de lo que yo pensé. Tal vez tú deberías preguntarle por qué.

Espontáneamente, un recuerdo de su ardiente beso, cruzó por su mente. Había pensado en ese beso. Mucho. Por la noche. Durante el día. Cuando se quedaba solo y cuando era malditamente inconveniente.

Tam se levantó, puso las manos en sus caderas y arqueó la espalda. — Mi espalda me está matando chicos. Lamento interrumpir esta corta velada, pero tengo que ir al baño y luego necesito irme a casa. Vance, cariño, ¿te importaría pagar la cuenta y reunirte conmigo en la puerta?

Vance dijo, — Por supuesto Tam.

Tam se contoneó como un pato alrededor de la mesa y besó a Daniel, quién se había levantado cuando ella lo hizo. — Buenas noches, dulzura. Recuerda lo que dije sobre Bryn, ¿de acuerdo? Ella tiene un lado más tierno que no lo ve la mayor parte de las personas. Un lado que no quiere que la gente vea. Pero por debajo...

Cuando Tam se dirigió hacia el baño, Daniel se sentó de nuevo, tomó un largo trago de cerveza y se dirigió a Vance, que miraba hacia la puerta donde Tam había desaparecido. — Eres un hombre con suerte Vance. Un hombre con suerte.

Vance sonrió. — Créeme, estoy bien consciente de ello. — Repentinamente, su rostro se volvió serio. — Mira, he estado pensando en esa obsesión que tienes con Bryn Donovan.

Daniel no estaba seguro de que le gustaba oír que llamaban una obsesión a su interés por Bryn, pero si no era obsesión, entonces, ¿qué? Él no dijo nada.

— Debo decirte que ella no me gusta. Tam hizo un gran esfuerzo en tratar de hacer amistad con ella, y ella no ha sido muy receptiva.

— Me parecieron bastante cercanas. — Daniel le había contado a Vance acerca de haber, por casualidad, escuchado su conversación ese día, pero hizo que Vance le jurara guardar el secreto.

— Claro, si está en su territorio. Ella habla con Tam en el trabajo, pero es como si no pudiera relacionarse con ella fuera de él. Está hiriendo a Tam. Creo que la mujer es una persona fría. En este caso, tal vez deberías dejarla pasar.

Daniel no saltó para defender a Bryn. ¿Qué podía decir? ¿El hecho de que tuviera una erección al estar cerca de ella, le demostraba que era un ser humano cálido? Sabía que había más en ella, profundidades inexploradas, pero incluso a él se le dificultaba ponerlo en palabras.

Daniel, en camino hacia su casa, pensaba en lo que Vance había dicho. ¿Sus pensamientos iniciales sobre Bryn Donovan habían sido acertados? ¿Se estaba engañando a sí mismo pensando que había más en ella de lo que se veía superficialmente? Ese beso había sido apasionado, ¿pero la pasión sexual era suficiente? ¿Especialmente porque ella no lo reconocía? Tal vez sus carreras opuestas y naturalezas propias, eran demasiado diferentes de conciliar.

Tal vez era mejor dejar a Bryn para que haga lo que sabía hacer mejor... defender principios y alzarse en favor de las víctimas de delitos, pero hacerlo estando sola.

## CAPÍTULO SEIS

Cuando Bryn abrió la puerta principal, estaba completamente vestida y lista para salir para el trabajo. Salió de la casa, cerró la puerta y al voltearse vio a Daniel acercándose a ella. Su estómago se revolvió con emociones conflictivas y el calor inundó sus mejillas.

Dios, él se veía bien. Ella echó un vistazo a la taza de café en su mano. Probablemente fresco y caliente, lo que no necesitaba, dado que él la estaba calentando antes de que su día hubiera empezado.

— ¿Sabes? Realmente necesitas intentar algo nuevo. Incluso si eso es para mí, el café no va a impedirme hacer un informe si sigues apareciéndote en mi casa sin avisar.

— Sólo escúchame. Por favor. — Él le entregó la taza, y ella automáticamente la tomó, tocándolo muy a su pesar.

Curiosa, Bryn se recostó en la puerta principal, tomó un sorbo de café deliciosamente caliente y simplemente lo miró. Internamente, sus entrañas se encogieron. ¿Qué es lo que él iría a decirle? ¿Y cómo iba a resistirse si la presionaba para salir de nuevo?

— Necesito un favor, — dijo él.

Bryn levantó su ceja y se rió. — ¿Un favor? ¿De mí?

— Seguro, ¿por qué no?

Orgullo herido, por ejemplo. Pero él no parecía tan afectado por que ella hubiera rechazado sus avances románticos. No estaba muy segura de cómo se sentía acerca de eso. Bryn no dijo nada, pero lo instó a continuar.

— The Biltmore Mediation Clinic en Fresno. ¿Has oído de ella?

Bryn asintió. — Claro. Trabaja con los delincuentes y sus víctimas en un intento de proporcionar un cierre emocional en los casos.

Daniel se aclaró la garganta. — Bueno, Vance y yo hemos estado trabajando para iniciar una en Sacramento. Estrictamente en forma gratuita en estos momentos. Estamos constituidos como una organización sin fines de lucro y estaremos trabajando fuera de nuestro despacho de abogados.

Sus palabras sorprendieron a Bryn, a pesar de que ella hizo un esfuerzo por ocultar su sorpresa. Esa era una tarea bastante ambiciosa. ¿Era eso una cosa honorable? ¿Se preocupaba por ambas partes, por las víctimas, tanto como por los criminales? ¿O era simplemente una forma de deshacerse de su culpa por representar a ese tipo de clientes?

— ¿Y qué puedo hacer por ti?

— Obviamente, para que se perciba como legítimo, tenemos que tener el apoyo de la fiscalía. Podríamos utilizar ya sea tu aprobación o tiempo voluntario. Queremos empezar el programa trabajando con los jóvenes y sé que tú hiciste una temporada con menores hace unos meses.

— Sí, lo hice. — Había sido una de sus tareas más desafiantes. Ella había tenido dificultades para no mostrar su simpatía por muchos de los jóvenes delincuentes que había visto. Si bien el propósito de todo el sistema de justicia para menores era la rehabilitación, no el castigo, era difícil creer en ello cuando estas recomendando un chico de dieciséis años de edad para que sea entregado a la Correccional de Menores.

Se había encontrado a sí misma con ganas de extender su mano a algunos de los acusados, y eso la había hecho sentirse como una hipócrita. Y como si estuviera traicionando a su hermana otra vez. Lógicamente, su compasión por los jóvenes con problemas era una *buena* cosa, pero cada vez que ella se encontraba ablandándose hacia cualquiera de los hombres y mujeres

acusados de algún tipo de delito violento, Bryn no podía dejar de imaginar el miedo en la cara de su hermana la noche que ella había sido atacada. Llena de moretones y llorando, dado que Bryn la había dejado sola en un club nocturno para besarse con algún tipo y fumar marihuana en su carro.

Cada vez que defendía a una víctima, Bryn sentía que defendía a su hermana también. Y de esa manera se acercaba un poco más a perdonarse a sí misma.

Salir con un abogado defensor echaría a perder eso. ¿No sería el mismo caso si le concedía a Daniel el favor que le estaba pidiendo?

Ella sacudió la cabeza, tanto para alejar sus pensamientos como también en respuesta a la petición de Daniel.

— No sé Daniel. Personalmente, no veo la razón de hacer que las víctimas se enfrenten a las personas que les han hecho daño. Si he hecho bien mi trabajo, con suerte, se les hace justicia cuando condenan al criminal. Suena como que si sólo quisieras ayudar a aliviar la culpa de tus clientes.

En lugar de luchar contra sus insultos con buen humor, Daniel suspiró y bajó su mirada al suelo. Por un momento se vio derrotado. — ¿De verdad lo crees? ¿Que mandar criminales a la cárcel resuelve todo el problema? ¿Qué hay de la redención? ¿La rehabilitación? ¿La comprensión?

Bryn lo miró fijamente. ¿Por qué seguía insistiendo en ese tema? ¿Por qué aún estaba hablando con ella sobre esto? ¿Su hermana había sufrido tremendamente a manos de un joven que había salido impune, y ahora Daniel le estaba haciendo pasar un mal rato porque ella cuestionaba las motivaciones de los delincuentes de querer reunirse con sus víctimas? Se enderezó y se obligó a sonar brusca.

— Mira, lo siento. No te puedo ayudar. Esto no es algo que pueda respaldar. No tengo tiempo para ayudar a que los criminales se sientan mejor acerca de sus delitos.

Una mirada de decepción cruzó por su rostro, y eso la hizo sentir un vuelco en el estómago. Ella no estaba tratando de ser insensible o cruel, pero él tenía sus creencias, y ella tenía las suyas. Con demasiada frecuencia, la gente pensaba que podía deshacer acciones violentas y destructivas con remordimiento, pero no podían. En primer lugar, muchas personas no sentían remordimiento. Él estaba pidiendo demasiado de ella. Aunque él no respondió, ella se sintió obligada a defenderse.

— Yo creo en la redención y en la rehabilitación, — aclaró. — Pero la gente tiene que quererlo lo suficiente como para trabajar por ello. Tienen que cambiar sus vidas. No justificar sus crímenes y pedir que sus víctimas los absuelvan.

Daniel sacudió la cabeza.

— Bien. Supongo que no cambiarás tu forma de pensar.

Bryn tragó saliva fuertemente, tratando de convencerse a sí misma de que la decepción en los ojos de Daniel era lo mejor. Ella había estado tratando de conseguir que la dejara en paz. Al parecer, esta fue la manera de hacerlo.

— Disfruta del café, Bryn. No te voy a molestar de nuevo. — A pesar de sus palabras, Daniel se acercó y apartó un mechón de pelo de su cara y se lo puso detrás de la oreja. Por un momento, dejó que su toque se prolongue. Él la miró fijamente, como si tratara de memorizar cada línea de su cara. Luego dejó caer su mano. — Cuídate, cariño.

Daniel dio la vuelta y se alejó, dejando a Bryn con un impulso irracional de correr tras él. Era lo mejor, se dijo a sí misma de nuevo. Qué lástima que su corazón no estaba de acuerdo con ella.

Bryn limpió con enojo la humedad que se escapaba de sus ojos y se dirigió hacia su carro. Tenía trabajo que hacer.

## CAPÍTULO SIETE

Daniel colgó el teléfono con disgusto. Sólo habían pasado unos pocos días desde que Bryn había rechazado su oferta para unirse a su programa gratuito. ¿Qué había hecho él? Lo había intentado y la había condenado a causa de ello. No se había alejado a más de un kilómetro de su casa cuando se dio cuenta de que había cometido un error. Verla esta semana que pasó, había cimentado la idea en su mente.

Algo estaba pasando con ella. Las últimas veces que la había visto en el tribunal, se había visto extenuada. Cansada. No tan concentrada como usualmente se mostraba.

Él había sentido que ella lo miraba ayer durante una audiencia de eliminación de pruebas, cuando el Juez Peters anunció que el caso quedaría visto para sentencia. Daniel se volteó para encontrar la mirada de Bryn en él. Ella miró hacia otro lado cuando alguien se había acercado a ella, pero no antes de que él viera la tristeza en sus ojos. En ese momento se había convencido a sí mismo que tal vez, sólo tal vez, ella estaba triste porque lo echaba de menos.

Así que finalmente se quebró y la llamó. Ella no respondió ni a la llamada ni al buzón de voz que le dejó. Se pasó la mano por el pelo y dejó escapar una risa áspera, una sin ningún atisbo de humor.

*¿Ella lo extrañaba?* Dios, estaba soñando y él no podía culpar su desesperado deseo de verla en todo su libido. Por el amor de Dios, había besado a la mujer una vez. Si el sexo fuera lo que él quisiera, había muchas mujeres que estaban dispuestas a acostarse con él.

Pero sexo no era todo lo que él quería.

No, Bryn Donovan lo tocaba de una manera completamente diferente.

Obviamente ella tenía problemas que estaba tratando de resolver, los que la habían llevado a ser una fiscal. Y, aparentemente, una que aborrecía a los abogados defensores. Pero sus problemas no significaban que ella fuera de corazón frío, o por lo menos, él no debía asumir eso. Sabía que había más en ella de lo que dejaba ver y algo le decía que si él no le daba otra oportunidad a eso... lo que sea que fuera... él lo lamentaría por el resto de su vida.

Mucha gente tendría un problema con la idea de poner a las víctimas cara a cara con sus atacantes. Era una reacción muy común, y por buenas razones. Pero él había recibido el rechazo a su propuesta y se había alejado sin estar dispuesto a luchar.

Lo cierto era que Bryn Donovan lo asustaba. Había utilizado la reacción que ella tuvo a su propuesta para tomar el camino más fácil. E incluso mientras él lo estaba haciendo, sabía que no estaba siendo honesto consigo mismo. O con ella.

Vance había sido completamente preciso cuando dijo que Daniel estaba obsesionado con ella. Él se había percatado de todo en ella. La delicadeza de su clavícula. La forma en que sus uñas estaban sin esmalte pero bien cuidadas. Maldición, el hecho de que llevara un solo arete de diamante en cada oreja a pesar del hecho de que cada lóbulo tenía múltiples perforaciones. Ella era una compleja contradicción tras otra. Podía mirarla durante cien años y no se cansaría de ella.

¿Qué hombre de treinta y tantos años y en la flor de su vida sexual, no lucharía contra ese sentimiento?

Pero el hecho fundamental era que él la quería. Ahora más que nunca.

Necesitaba verla. Hoy. Ahora. Y no en el tribunal.

Daniel suspiró. Tal vez sólo necesitaban hablar. Si ella entendía que la veía como algo más que un buen trasero, tal vez ella bajaría un poco la guardia. Tal vez ella lo dejaría ver la mujer que realmente era. A pesar del hecho que se había negado a trabajar con la clínica de mediación, no creía que ella fuera cruel.

Planeando pasar por la oficina de la fiscalía después del almuerzo para ver a Bryn, Daniel sacudió el periódico delante de él, esperando ponerse al corriente de las finales de la NBA. Echó un vistazo al artículo de la primera plana e instantáneamente reconoció un nombre.

*Hombre Liberado De La Cárcel Mata a Joven Mujer, Dejando Al Bebé Huérfano.*

Daniel leyó rápidamente el artículo, su estómago se apretaba más con cada palabra.

Aparentemente, Kyle Winsor se había envalentonado por su victoria en el tribunal. Ayer, a altas horas de la noche, Kyle había entrado en una residencia en el centro, intentando realizar un robo residencial. Cuando Tess Blaker entró, lo encontró. Los gritos de Blaker alertaron a los vecinos, quienes llamaron a la policía. Blaker tenía veinte años de edad, soltera y madre de un niño de ocho meses de edad.

La joven madre obviamente había amado a su bebé. Ella había atraído a Winsor a la cocina, la habitación más alejada de donde el bebé dormía. Winsor había apuñalado a Tess Blaker con uno de sus propios cuchillos. Blaker había muerto en la escena, pero ella no había muerto fácilmente. Había luchado primero. Había luchado para no abandonar a su bebé, pero al final había perdido.

El periódico cayó de los entumecidos dedos de Daniel. Agarró la parte superior de su cabeza y se inclinó hasta que su frente tocó sus rodillas.

Por Díos, ¿qué había hecho?

\* \* \*

Bryn miró su reloj. Faltaban dos horas para el “Baby Shower” de Tam. No era una admiradora de las pequeñas charlas, Bryn había respondido a la invitación de la fiesta con un “no”, pero de nuevo se preguntó si debería reconsiderarlo. Echó un vistazo a la pequeña y colorida caja brillante que estaba colocada en su escritorio. Había planeado darle el regalo a uno de los compañeros de Tam, integrantes del equipo de abogados, para que se lo llevara a la fiesta en su nombre, pero algo la contuvo de hacerlo. Sentimiento de culpa, era lo más probable.

Tam se estaba convirtiendo en una buena amiga. Era una persona maravillosa, divertida, muy animada. Su brillante presencia a menudo había iluminado el día de Bryn y saber que podían compartir un poco de conversación en el trabajo, había sido reconfortante. Pero Bryn no había dejado que Tam realmente llegara a acercarse más. Más bien, Bryn había rechazado repetidamente las ofertas de Tam para reunirse después del trabajo o los fines de semana. No porque ella no quisiera, sino porque su soledad se había convertido en un hábito, ella estaba realmente aterrorizada de salir de esa rutina. Era como si alguna parte de ella, ilógica y obstinada, creyera que dado que ella no había estado allí para su hermana, no se merecía tener amigos porque estaba destinada a decepcionar a alguien más. Era más fácil preocuparse por sí misma, pero ¿qué clase de vida era esa? ¿No podía intentar un poco más demostrarle a Tam cuánto la apreciaba? No quería herir los sentimientos de Tam.

Tal vez se quedaría en casa como estaba planeado, pero podría al menos llevarle el regalo a Tam ella misma. Visitarla, le mostraría un poco a su amiga lo mucho que le importaba. Se puso de pie, tratando de alcanzar la caja cuando el murmullo del pequeño televisor en la esquina de su oficina, que ella mantenía en un canal de noticias locales para el ruido de fondo, llamó su atención.

— ...se ha creado un fondo para la niña en un intento por ayudar a su tía, que ya tiene cinco hijos, y pagarle por su cuidado. Una vez más, Malia Blaker tiene ocho meses de edad. Su madre, Tess Blaker, fue brutalmente asesinada ayer por la noche. Se nos dice que el sospechoso, Kyle Winsor, fue recientemente liberado de la cárcel por el robo de un negocio. Seguiremos de cerca

éste caso...

Su corazón golpeó contra su pecho. Respiró hondo varias veces para calmarse, y luego apagó la televisión y se quedó mirando su reflejo en la pantalla en blanco. Sentimientos de arrepentimiento y simpatía se apoderaron de ella ante el pensamiento de la joven mujer que había perdido su vida, así como también para el bebé que había perdido a su madre con tanta violencia. Lo importante en su mente, sin embargo, era preocupante. La preocupación por Daniel. Tomó el teléfono para llamarlo, pero luego se detuvo. ¿Qué le diría? La última vez que habían hablado, ella lo había rechazado. Aún peor, insultándolo de nuevo. Tal vez ella estaba haciendo más grande de lo que era la historia de las noticias, de todos modos. ¿Podría Daniel trastornarse por las noticias? No lo sabía con certeza.

Habían compartido algunas conversaciones. Un increíble beso. Pero más allá de eso, ellos apenas se conocían.

Sin embargo, tomó el teléfono y luego se dio cuenta que no tenía ni siquiera el número de teléfono de Daniel. Pero Tam podría tenerlo. Vance era el mejor amigo de Daniel.

La aceptación de los hechos la recorrió, y ella lentamente colgó el auricular.

¿Qué era lo que estaba pensando? Daniel no *la* necesitaba.

Vance y Tam eran los amigos de Daniel. Estarían allí para apoyarlo si lo necesitaba.

Se forzó a alejarse del teléfono, Bryn se sentó a su mesa y recogió un fax. Por mucho que Daniel le preocupara, ella era una perra dura.

Sabía que no sería una muy buena amiga. Su corazón se retorció.

Echó un vistazo al regalo que había comprado para Tam y decidió dejarlo en la oficina de los abogados después de todo.

## CAPÍTULO OCHO

Al día siguiente, Bryn no podía dejar de pensar en Daniel. Necesitaba asegurarse de que él estaba bien. ¿Y qué si tenía amigos? Esos amigos nunca podrían haber sentido el tipo de culpa que Daniel sentía. El tipo de culpa que Bryn había sentido antes y que aún sentía.

Podía ser una amiga para él. De la misma forma que podría ser una mejor amiga para Tam. Empezando justo ahora.

Los Logan vivían en una pequeña vecindad acogedora fuera de McKinley Park. Ella subió las escaleras hasta la puerta de la cabaña y tocó.

Tam abrió la puerta con un grito de delirio, obviamente habiendo verificado la identidad de Bryn a través de la mirilla de la puerta principal. Ella llevaba una camisa color rosado suave de maternidad con flores, arreglándoselas para lucir chic y favorecer su tez oscura. — ¡Qué grandiosa sorpresa! Guau, me encanta tu cabello.

— Hola. — Bryn tocó sus suaves rizos negros, que por lo general no se molestaba en alisar los fines de semana. — Espero que no sea demasiado temprano para pasar. Yo... lo siento no pude ir al baby shower ayer. Iba a hacer que una de las chicas del trabajo llevara mi regalo, pero cambié de opinión en el último minuto. Quería traerte tu regalo personalmente.

— ¡Gracias! — Tam tomó el regalo y la agarró del brazo, haciéndola pasar al interior. Ella no se resistió.

Miró alrededor, riéndose por la evidencia de la reciente fiesta para el bebé. Ropa de bebé, bolsas de regalo y cajas varias de cositas para bebés, estaban apiladas en la sala. Tam se rió entre dientes.

— Lo sé. La bebé aún no está aquí todavía y ya se está apoderando de todo.

— ¿La? ¿Sabes que tendrás una niña? — Bryn imaginó inmediatamente a un bebé angelical con el pelo rojo de su madre y los ojos azules de su padre.

— No es seguro. Sin embargo, Vance dice que tiene un presentimiento. Tengo que admitir, yo también. — Tam frotaba su estómago e hizo una mueca de dolor. — Va a ser una jugadora de fútbol, eso es seguro.

Ella comenzó a abrir el paquetito en su mano diciendo: — Quiero abrirlo mientras estás aquí. Gracias. Yo realmente... — Ella dejó de hablar y se quedó mirando lo que había en la caja.

Bryn apretó sus manos. — Uhm, ¿está... está bien?— Ella se fue de compras a cinco tiendas diferentes para encontrarlo y finalmente hizo un pedido especial en línea. Tal vez había ordenado el equivocado.

Tam sacó el libro en miniatura titulado, “La Gente Que Me Ama”. Lo había mencionado por causalidad en un almuerzo, ya que lo había visto en el baby shower de una amiga y había creído que era la idea más linda. Cada página, incluso la tapa, tenía un lugar para insertar una foto. Bryn había sacado una foto de Tam y Vance de su escritorio una noche y la había escaneado antes de devolverla. Después de leer en algún sitio que a los bebés les gustaban los colores primarios, la coloreó en Photoshop para que pareciera como una foto alegre y colorida de Andy Warhol y la colocó en la portada. Creía que había salido muy bien, pero tal vez...

Tam la miró con lágrimas en los ojos y el corazón de Bryn se cayó hasta los pies. — ¡Oh no, lo siento si hice algo...

— Muchas gracias. ¡Es impresionante! — Tam puso sus brazos alrededor de Bryn y le dio un fuerte abrazo. Por lo menos, un abrazo tan grande como una mujer embarazada a punto de dar a luz, podía dar. Bryn se tensó por un momento, pero luego abrazó a Tam, disfrutando de la cercanía casi de la misma forma como lo había hecho con el beso de Daniel. Cuando sintió que

algo le daba una patada en el estómago, ella saltó hacia atrás, sorprendida.

Tam se rió otra vez. — ¿Ves, qué te dije? Gastaremos una fortuna en uniformes de fútbol.

Ella miró alrededor. — ¿Está Vance en casa?

La cara de Tam se puso seria. — No. En realidad pasó toda la noche de ayer fuera.

Bryn levantó las cejas.

— Yo insistí. Daniel lo necesitaba y mi amiga Lucille se quedó conmigo. Vino a la fiesta manejando de todos modos, y no tuvo ganas de conducir nuevamente de regreso a Folsom.

¿Oíste sobre Winsor?

Ella asintió con la cabeza, a pesar de que se sentía un poco extraña hablando de Daniel. La última vez que habían hablado de él, ella le había expresado su desprecio absoluto por el hombre y había estado increíblemente enojada con Tam por tratar de juntarlos. ¿Pero ahora? ¿Imaginaba a Daniel tan angustiado que necesitaba el consuelo de la presencia de Vance, incluso por la noche? Le causó dolor en su corazón pensar en él.

— Sí. Lo oí en las noticias. ¿Cómo está?

— No muy bien. Vance llamó anoche, dijo que Daniel estaba pasando un momento realmente muy difícil. Se culpa a sí mismo.

Ella no dijo nada.

— Sé lo que estás pensando, y no es cierto.

Bryn negó con la cabeza. — Por supuesto que no lo es. Él no podía saber lo que iba a hacer Winsor. Nadie podría.

Aun así, él defendía criminales, susurró una voz. Ella alejó sin piedad ese pensamiento. — ¿Alguna vez le ha sucedido algo como esto antes?

— No, nunca. — Tam hizo una pausa, su voz se suavizó. — ¿Y tú?

Bryn sacudió la cabeza.

— ¿Te sientes culpable?

La pregunta sorprendió a Bryn pero no tanto como la respuesta. Ella no se sentía culpable. ¿Por qué no? ¿Podría haber prevenido lo que había pasado si hubiera argumentado el caso de forma un poco diferente? De ninguna manera pensaba así.

— No, no me siento así. Aun si Winsor hubiera sido condenado, él habría pasado unos meses en la cárcel como máximo. ¿Qué te asegura que él no hubiera hecho lo mismo cuando saliera? Obviamente había engañado a todo el mundo. No sólo a Daniel, sino a un jurado de doce ciudadanos. Y aunque él no los hubiera engañado, su trabajo consistía en hacer frente a la evidencia real. Y lo hicieron.

Ella pensó acerca de ello. Había sido un caso muy reñido. Lo suficientemente reñido para plantear una duda razonable en la mente del jurado, y eso era para lo que el sistema legal estaba diseñado. Eliminar la condena de cualquier persona cuya culpabilidad no fuera demostrada más allá de toda duda razonable. Era un sistema imperfecto, pero Daniel había estado haciendo su trabajo, al igual que ella lo había hecho.

— Me alegro que veas eso. — Tam suspiró. — Espero que Daniel lo vea, eventualmente. Lo está tomando muy duro. Sé que cualquiera, pero Daniel... — Tam la miró. — Él es un gran hombre, Bryn. Se preocupa por la gente. Acerca de sus clientes. Esto le está haciendo daño. Yo nunca lo había visto tan desgarrado.

Bryn sintió la necesidad de darse ánimos internamente. Trató de decirse a sí misma que Daniel no la necesitaba cuando tenía a Vance. Pero el sentimiento no se sofocaría.

— Tam, necesito la dirección de Daniel.

\* \* \*

Diez minutos más tarde, había llegado a la puerta de Daniel, pero se quedó allí incapaz de tocar. Por tercera vez, se dio la vuelta, se dirigió hacia su carro y luego regresó otra vez. Estaba loca. ¿Por Dios, qué es lo que estaba haciendo? Cuando le había preguntado a Tam la dirección de Daniel, sabía que había sorprendido a su amiga. Pero el pensamiento de Daniel culpándose por la muerte de Tess Blaker, era más de lo que podía soportar.

En su propia manera desordenada, Bryn sabía que la culpa destruiría su vida. Ella no podía borrar casi diez años de daño, pero no podía soportar pensar en la idea de Daniel cayendo a las profundidades que ella misma había experimentado.

No podía dejar de recordar todas las conversaciones que habían tenido cuando ella lo había criticado por su ocupación. A pesar de sus pensamientos sesgados como fiscal en la casa de Tam, *no* culpaba a Daniel por la inesperada escalada de violencia de Winsor. Daniel era un abogado defensor, pero él era honorable. Uno que desempeñaba una importante función en la sociedad.

El sistema de justicia se basaba en la defensa. En poner un lado en contra del otro. No era un sistema perfecto, pero era necesario asegurarse que los inocentes no fueran encarcelados injustamente. También era necesario asegurarse que los culpables no fueran castigados en exceso, sino únicamente por los crímenes reales que habían cometido. Debido a su propia culpa con respecto a su hermana, no había querido que Daniel le gustara. No había querido reconocer, que lo que hacía para ganarse la vida, era importante. Pero a ella le gustaba. Lo respetaba y también el trabajo que hacía. Y necesitaba asegurarse de que él lo supiera.

Antes de que se pudiera detener otra vez, Bryn golpeó la puerta principal. La casa de Daniel era un tanto más antigua que la de los Logan, pero en una vecindad muy agradable. Los robles delineaban las calles y el parque McKinley estaba a sólo unos pasos de distancia. Podía imaginarse fácilmente a un grupo de niños persiguiendo un carrito de helados calle abajo durante un caluroso día en el valle. Idílico. Sereno. No lo que ella había esperado.

Vance Logan abrió la puerta y frunció el ceño a Bryn. El hombre de gran tamaño, se acercó al porche y cerró la puerta tras de él. Con cabello negro como azabache y ojos azules casi helados, Vance siempre le había parecido a Bryn, extremadamente guapo, un complemento ideal para Tam la burbujeante pelirroja. — ¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿Vienes a regodearte?

Bryn estaba sorprendida por la hostilidad de Vance. Había tratado varios casos contra él, pero sólo había hablado con él una o dos veces en forma personal. Durante esos momentos, había sido totalmente cortés con ella. Pero, reitero, eso había sido en frente de Tam. Al parecer, con sus verdaderos sentimientos hacia ella saliendo a flor de piel, sería presa fácil ahora que su esposa no estaba cerca.

Bryn inmediatamente puso su mejor rostro. Enderezó los hombros y enfrentó su mirada en forma desapasionada. — Estoy aquí para ver a Daniel. ¿Está en casa?

— No, para ti él no está.

— Yo no pedí tu permiso Vance. Si Daniel no quiere verme, puede decírmelo él mismo.

— Mira Bryn, le has causado bastantes problemas. Hazle un favor y vete.

La idea de que ella le hubiese causado a Daniel dolor, no fue agradable. Dado que no podría pasar sobre el cuerpo de Vance, Bryn asintió con la cabeza. — Bien. — Simplemente regresaría más tarde.

Bryn dio la vuelta y estuvo a punto de marcharse, cuando oyó que la puerta principal se abría de nuevo, seguida por la voz de Daniel. — Espera, — Daniel la llamó. Se dio la vuelta y lo vio dirigiendo la mirada a Vance y colocando una mano tranquilizadora sobre el hombro de su amigo. — Está bien. En serio. Yo me hago cargo desde aquí. ¿Por qué no te vas a casa con tu esposa y con tu bebé a punto de nacer?

Vance miró de reojo a Bryn. — ¿Estás seguro?

— Definitivamente hombre. Gracias de nuevo.

Vance entró y regresó unos segundos más tarde con su abrigo y sus llaves en la mano, luego hizo una pausa para darle a Daniel un abrazo y una caricia en la espalda. — No te preocupes por tu horario. Haré que uno de los subalternos se haga cargo.— Con una mirada final hacia Bryn, Vance caminó hacia su carro, un Mustang negro estacionado en la acera, puso en marcha el motor y se fue.

Después de varios segundos de incómodo silencio, Bryn se aclaró la garganta.

— ¿Subalternos?

— Nuestros nuevos empleados de la firma, — le aclaró Daniel.

Él lucía demacrado. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera llegado de una borrachera la noche anterior. Instintivamente, su mano tembló al extenderla y acariciarle la mejilla. Para suavizar los círculos debajo de sus ojos y ofrecerle un respiro a su dolor.

— ¿Qué estás haciendo aquí Bryn? ¿Tiene razón Vance? ¿Has venido a regodearte?

Bryn tomó ese insulto como un golpe en la barbilla. Se lo había ganado, pero ella aborrecía la idea de que él pensara eso. — ¡No! Por supuesto que no. Oí lo que pasó. Quería asegurarme de que estuvieras bien.

— ¿Por qué?

— Bien, oí que te sentías mal...

Daniel negó con la cabeza. — No, quiero decir, ¿por qué te importa?

Bryn no respondió. No sabía qué decir. Ella se preocupaba. Le preocupaba lo suficiente para dejar a un lado su orgullo y superar sus propios miedos y obsesiones, pero, ¿cómo transmitir esos pensamientos a un hombre lastimado y enojado?

Daniel suspiró. — Está bien Bryn. No te necesito aquí. Estoy bien. — Se dio la vuelta, entró en la casa y cerró la puerta.

Ella miró fijamente la puerta cerrada durante unos segundos. Tal vez sólo debería dejarlo solo, pensó. Pero no, Daniel claramente estaba sufriendo. Si sus palabras anteriores estaban contribuyendo a eso, tenía que arreglarlo.

Bryn abrió con fuerza la puerta. — Eres... — Sus palabras se interrumpieron completamente cuando vio a Daniel sentado en una sofá de cuero marrón, con la cara entre las manos. Bryn miró alrededor, pero no vio ningún signo de alcohol. Algunas sábanas cubrían el sofá, probablemente donde Vance había dormido la noche anterior.

Bryn sintió que su corazón saltaba. Gracias a Dios que Vance lo había acompañado anoche.

Caminó lentamente hacia él. Extendió la mano y la puso sobre su hombro. Se sentía incómoda. Torpe. Su cuerpo se movió con rigidez. Los músculos de los hombros de Daniel, se tensaron bajo su mano y ella esperó a que él retrocediera. En cambio, él tomó su mano con la suya y apoyó su rostro contra sus dedos, frotando su frente contra ella como un gato.

Incapaz de alejarse, ella levantó la otra mano y comenzó a acariciar su pelo sedoso. Él se quedó quieto. Simplemente respirando. Como si tuviera miedo de que ella se detuviera. Envolvió su otro brazo alrededor de su cintura y la abrazó, con la cara apoyada en su estómago. Bryn cerró los ojos, saboreando la sensación de estar en manos de Daniel. De sostenerlo. Dios, ella lo echaba de menos.

— Es mi culpa, — susurró.

— No, no, — dijo ella, apartándose. Se negó a mirarla, así que se agachó delante de él. — Daniel. — Ella extendió la mano, acunó su cara en sus manos y lo obligó a mirarla. — Daniel, escúchame. Sabes que eso no es verdad.

— ¿Cómo puedes decir eso? ¡Tú estabas allí, Bryn! Conseguí salvar al bastardo. — Sus dedos ahora estaban agresivamente envueltos alrededor de sus muñecas, preparándose para alejarla. Ella no se lo permitió.

— El jurado lo absolvió. Tú sólo hiciste tu trabajo.

— Mi trabajo. Sí. — Él se rió con desdén. — Seguro que sí. Obtuve mi cheque de pago y ahora Malia Blaker es una huérfana.

— No digas eso. Hiciste lo que sentías que era lo correcto. Tuviste que hacerlo. No había evidencia. No para convencer al jurado más allá de una duda razonable.

Él no dijo nada por un momento. — Pero sabía. Yo sabía que era culpable.

— Lo sé, — ella susurró. — Pero el jurado no lo sabía.

Él la miró con ojos torturados, como si tratara de evaluar su sinceridad. — No podrías haber sabido lo que iba a suceder, — insistió. — Nadie podría saberlo.

— Tú lo sabías, — dijo. — Trataste de decírnoslo.

Ella negó con la cabeza. — Seguiste la ley. Daniel...

Él no la dejó terminar. Se puso de pie lentamente, las manos estaban envueltas alrededor de sus muñecas levantándola con él.

— Debimos haberte escuchado... deberíamos haber escuchado. Dios. — Cerrando los ojos en agonía, trató de darle la espalda.

Bryn agarró su camisa. — Ya basta, — dijo con firmeza, sacudiéndolo. — Por tu forma de pensar, yo tendría que sentirme culpable también. Me duele el corazón por esa mujer y su hija, pero no es mi culpa, y no es la tuya tampoco. Es de Winsor. Ambos hicimos nuestro mejor esfuerzo Daniel. No podíamos haber sabido lo que él iba a hacer.

Cuando él no respondió, Bryn lo atrajo hacia sí. Ya no se sentía incómoda. Abrazarlo se sentía la cosa más natural del mundo. Ella apoyó la frente en su cuello, suspirando con alivio cuando él envolvió sus brazos alrededor de ella.

— Está bien, — ella murmuró. — Estás bien. — Con los ojos cerrados, mientras saboreaba su cercanía, frotó la mejilla contra su mandíbula. Sus labios rozaron los inicios de la sombra de su barba y la fricción la hizo estremecer. Ella no pudo resistir el roce de sus labios contra él una y otra vez.

Y otra vez. Hasta que sus ojos se aclararon de la culpa. Hasta que su mente se despejó de cualquier pensamiento excepto de quitarse la ropa y la de ella, sosteniéndolo en sus brazos, y tomándolo tan profundamente dentro de ella, que no sería capaz de pensar en nada más que el placer que él sentía. El placer que *ella* le daría.

\* \* \*

La culpa y la confusión de Daniel no habían desaparecido. De alguna manera, no obstante, con Bryn rociándolo de besos suaves como plumas contra su mandíbula y mejilla, su dolor había sido empujado al rincón más alejado de su mente. La presión de su cuerpo y el olor de su piel cálida, aliviaron el hueco dolor que se había instalado en su interior. En lugar de visiones de violencia y muerte, la imaginaba... *a ambos*... con sus extremidades enredadas, sus cuerpos fusionándose, las bocas encontrando las colinas y valles del cuerpo del otro.

Gimiendo, él puso la mano en su mejilla hasta que sus ojos se abrieron. Ella lucía como aturdida y soñadora, tal y como él se sentía, y cuando sacó su lengua para humedecer sus labios él se fue tras ella.

Ella sabía como el dulce té que su abuela solía hacerle cuando él la visitaba durante el verano. Un fresco líquido que precedía los dulces postres que seguirían. Ella suspiró cuando él la

alejó para besar su oreja y poner sus pechos en sus manos. Sus delgados dedos se apoderaron de sus muñecas, pero no para apartarlo. En cambio, cuando él aplanó sus palmas, ella las movió en círculos para estimular los puntos fuertes de sus pezones. Se mantuvo en ello hasta que su respiración se detuvo y gimió su nombre.

— Yo... yo... — Daniel balbuceó. *Te deseo. Te necesito.* Pero no podía decir las palabras. ¿Cómo podría? Ella estaba aquí sólo por Winsor. Ella sabía cómo él estaba...

— Shhh, — susurró ella, dando un paso atrás. — No regreses allí. Quédate conmigo Daniel. Quédate justo aquí. — Agarrando el dobladillo de su camisa tejida, ella se la quitó con rapidez por encima de su cabeza, dejando al descubierto sus pechos bastante pálidos acomodados en un sujetador de encaje color rosa. Su boca se abrió de golpe y se cerró, pero antes de que él pudiera hablar, ella desabrochó su sujetador, dejándolo colgando mientras empujaba hacia abajo sus pantalones, tomando su ropa interior con ellos. Entonces ella cayó de rodillas delante de él y comenzó a trabajar en el cierre de sus pantalones.

Él susurró en un suspiro mientras sus dedos le rozaron, haciéndolo hincharse hasta alcanzar proporciones casi ridículas. — Espera. Bryn, no puedes...

— Claro que puedo. Estaría loca si no. — Lo miró con expresión determinada, su boca estaba tan cerca que podía sentir su aliento acariciándolo a través de su ropa. De un tirón, ella sacó sus pantalones y calzoncillos, exponiendo su rígida longitud a su devoradora mirada.

Temblores lo recorrieron mientras esperaba.

Afortunadamente, ella no lo hizo esperar mucho tiempo, pero tampoco ella lo tomó en su mano de la forma en que él estaba esperando.

En cambio, ella se inclinó hacia delante y le dio un prolongado beso, con la boca abierta contra la punta de su pene. Los dedos de él se enredaron en su cabello. La lógica y la precaución se desintegraron. Ahí había algo importante que tendrían que hablar. Algo enorme que había ocurrido en su vida. Pero que ahora mismo, no podía recordar. Ahora mismo, la única cosa en su mundo, era Bryn.

Se quedó sin aliento cuando ella lo atrajo más profundamente, el calor de su boca lo envolvía en placer, un placer que sólo se intensificaba cuando ella agarraba sus nalgas y él sintió el escozor de sus uñas.

Era bueno. Tan bueno. Pero no era suficiente. La quería. Él quería estar dentro de ella. Quería el consuelo que ella le ofrecía, pero más que eso, quería seguir su ejemplo y utilizar su cuerpo para mostrarle lo mucho que había llegado a significar para él.

Gentilmente, él se apartó de su boca, ignorando sus protestas. Se deshizo de la camisa y le quitó a ella el sujetador. Cayendo de rodillas junto a ella, pasó un brazo alrededor de su cintura, sumergiéndose hacia atrás y bajando la cabeza. Él se tomó un momento para besar el tatuaje en la curva de su pecho. Luego le chupó un pezón mientras tiraba del otro. Ella gimió, acercándolo más y ampliando sus muslos cuando él rozó sus dedos contra los pliegues vulnerables entre ellos. Ella lo empapó con su deseo y él frotó su clítoris antes de hundir dos gruesos dedos dentro de ella. Estaba increíblemente apretada, por lo que le hizo hacer una mueca mientras se imaginaba hundiendo toda su longitud en sus húmedas profundidades.

— Quiero más Daniel, — jadeó. — Te quiero. Por favor.

Guiado por sus manos y las demandas por satisfacción, la tendió sobre la alfombra y ajustó su posición hasta que la punta de él rozó contra su núcleo y luego se deslizó unos centímetros hacia el interior. La entrada de él fue facilitada por su humedad, pero su cuerpo todavía temblaba ante su intrusión, todos sus pequeños músculos femeninos se sujetaron alrededor como mil puños.

— Más. Quiero todo de ti, — ella gimió.

Él le dio lo que quería, sumergiéndose en ella con un fuerte empuje. Sus ojos se abrieron y ella gimió de puro placer.

— Oh Dios Bryn, — se ahogó. Incapaz de contenerse, se echó hacia atrás y luego empujó de nuevo hacia delante. Bombeando constantemente, él la miró, memorizando las sutiles formas de su expresión cambiante, dependiendo de lo rápido que fuera el empuje o la profundidad. Él siguió haciéndolo incluso después de que ella alcanzó el clímax, y volvió a alcanzarlo una y otra vez hasta que ella le suplicaba que él se viniera. Para tomar su placer. Para vaciarse dentro de ella.

Cuando lo hizo, él gritó su nombre y dejó que lo llevara al cielo.

\* \* \*

Bryn descansaba en los brazos de Daniel dibujando pequeños círculos en su pecho con la punta del dedo. Su cuerpo todavía se estremecía con el placer que le había dado, el placer que se habían dado el *uno al otro*. No había un centímetro de su cuerpo que él no hubiera explorado en la última hora, pero tan perfecto como su acto de amor había sido, su silencio y músculos tensos, le decían que la realidad se había entrometido.

— Él me engañó, — él susurró. — Quiero decir, yo sabía que probablemente había organizado el robo de Sherman, pero pensé que era sólo un acto imprudente e inmaduro. Pensaba que era básicamente un buen chico.

— Él puede muy bien serlo, — dijo ella. Buenas personas cometían asesinatos todo el tiempo. — Pero, ¿realmente importa? No había evidencia. No, según el jurado. Culpable o inocente, tenía que haber evidencia para condenar.

Ella se levantó apoyándose en su codo y lo miró a los ojos. — No dudes ni por un segundo de ti mismo Daniel. Hiciste lo que te pareció correcto. Pasan cosas malas todo el tiempo. — Suspiró. — Así es el mundo.

Daniel acariciaba su cabello. — ¿Qué cosa mala te pasó?

Bryn inmediatamente trató de retroceder, pero Daniel tomó su brazo. — Shhh. Está bien, — dijo. — Sólo quiero ayudar. Quiero entender por qué desprecias tanto a los abogados defensores.

— Nada malo me pasó a mí Daniel. Yo soy la afortunada. — Tragó el nudo en su garganta, el mismo nudo que se formaba cada vez que pensaba en esa noche.

— ¿La afortunada? ¿Qué significa eso?

Ella vaciló. Recordando lo importante que había sido para ella darle cobijo a él en sus brazos. ¿Era posible que él quisiera darle lo mismo? ¿Y podría ella en realidad tomarlo? Se aclaró la garganta. — Cuando era más joven, yo era un poco más salvaje.

Él tocó ligeramente el tatuaje en su pecho, aparentemente fascinado por las volutas en forma de corazón. — ¿Es esto de cuando...

— Lo tengo desde antes de empezar la escuela de leyes.

Él sonrió y la besó suavemente. — Juzgando por la última hora que has pasado enredándote en mis sábanas, sigues siendo un poco salvaje “Magistrada”. Y me gusta.

Su elogio la llenó de calor y, curiosamente, ninguno era de la culpa que había esperado. Se obligó a continuar. — Mi hermana fue agredida sexualmente por un hombre una noche. Yo... pude haberlo detenido. Pero en lugar de ello, estaba en un carro teniendo sexo y fumando marihuana. Estaba actuando tontamente mientras Carl Pageant atacaba a mi hermana.

Esperó a que él dijera algo, pero no lo hizo. Con miedo, ella lo miró. Él le devolvió la mirada en silencio, con una expresión serena. — ¿No vas a decir nada?

— ¿Por qué? Ya sabes lo que le diría a esa mierda.

Con el ceño fruncido, ella se apartó. — Eso no...

— Deja que te pregunte algo Bryn. ¿Tu hermana te culpa?

¿Lo hacía? Carin le había dicho en repetidas ocasiones a Bryn que lo ocurrido no era culpa suya, pero ella nunca había tomado sus palabras en serio. Y ¿qué importaba lo que otros pensaban? *Ella* sabía quién era el culpable.

— Está bien, te puedo decir por la expresión rebelde en tu rostro que no encuentras ese argumento convincente. Así que vamos a hablar de algo que si encontraras. Echemos un vistazo a la evidencia. ¿Dónde sucedió esto?

Ella se movió, sintiendo que estaba siendo interrogada de repente. — En una discoteca local.

— Y ¿qué edad tenías?

— Yo tenía 23 años; ella tenía 21.

— Una adulta.

— Eso no importa, — ella comenzó con vehemencia.

— ¿Y dónde estaba ella cuando esto sucedió? ¿En la discoteca? ¿Un lugar donde no había testigos?

Ella vio hacia dónde iba y trató de detenerlo. — Ella estaba en su carro con él, pero nada de eso importa. No significa que lo que él hizo esté bien.

— Por supuesto que no Bryn. Lo que sí significa es que tu hermana era una persona adulta que tenía que asumir la responsabilidad de sus propias acciones. Y lo que ese tipo le hizo fue horrible y malo, pero ella no tenía la culpa y tampoco la tenías tú. Él sí.

Por primera vez, las palabras tenían alguna influencia sobre ella. No lo creía todavía, por lo menos no completamente. Pero se preguntaba si algún día... tal vez... iría a cambiar.

Ella alejó sus pensamientos. Estaba allí para consolarlo y no al revés. — ¿Has comido? — Preguntó. — ¿Y si te preparo algo?

Bryn se levantó. Daniel juntó las manos detrás de la cabeza y observó mientras ella se ponía su tanga blanca y su sujetador de encaje.

— ¿Sabes? Si hubiera sabido qué tipo de ropa interior usabas, señorita Magistrada, no habría manera de que pudiera haber resistido tanto tiempo como lo hice.

Bryn le dio la espalda para ocultar su amarga sonrisa y buscó sus pantalones. — Sí, pero ¿qué es una semana o dos en el gran esquema de las cosas? Hemos estado trabajando juntos durante dos años y tú ni siquiera me notaste.

Ella odiaba el hecho de que todavía le doliera y de que él pudiera escuchar dolor en su voz.

Oyó que Daniel se levantaba de la cama, sintió su presencia mientras ella se enderezaba. Envovió sus brazos alrededor de ella por detrás y sólo la abrazó, apoyando su barbilla en la parte superior de su cabeza. Daniel besó su oreja. — Yo era un idiota. Completamente engañado por ese exterior frío y esos tacones sensibles. Pero ahora... — Sus labios bajaron por su cuello, mordiendo el punto dulce que se derretía en su hombro. — Ahora, veo todo lo que eres. Cada... rincón... y... escondite.— Mientras hablaba, deslizaba lentamente la mano por su esternón, sobre el suave oleaje de su estómago y dentro de su tanga. — Y ahora no puedo saciarme de ti. No creo que algún día lo tenga.

Su dedo buscó en su vello púbico y se ubicó dentro de sus húmedos pliegues.

Ella giró la cabeza y presionó su rostro contra su fuerte antebrazo. Cuando sus dedos tiraron de su protuberancia, ella le mordió el brazo, luego lamió la pequeña marca con su lengua. Su brazo la apretó con más fuerza. La encaminó hasta el sofá. Bajó su tanga y ella se inclinó. Cuando él entró por la espalda, sus adoloridos músculos se resistieron. La agarró por sus muslos.

Abriéndolos más. Siguió empujando. Se sentía aún más grande desde esa posición. Ella agarró las sábanas de la cama con fuerza y gimió.

Una vez que él estaba sentado hasta la empuñadura, comenzó a hacer compresiones poco profundas. Su pene se frotaba enérgicamente contra sus apretados pliegues y al mismo tiempo sus dedos hacían magia en su clítoris.

Bryn pujó. Daniel gimió. La sacó completamente fuera de ella, abrió sus muslos aún más ampliamente y comenzó a lamerla por detrás.

La presión del deseo escaló su camino más y más alto en el cuerpo de Bryn hasta que ella explotó. Se deslizó dentro de ella, gimiendo de la misma forma en que ella se apretaba contra él y se vino a menos de un minuto después.

Besando su hombro, se salió de ella, luego la llevó a la habitación donde se deslizó con ella bajo las sábanas, su largo cuerpo acunaba el suyo por detrás.

Después de un tiempo, se las arregló para levantarse por sí sola. — ¿No era yo quien iba a hacer algo de comer? — Murmuró.

— ¿Quién necesita comida cuando te tengo aquí? Además, pensé que podría mostrarte que el ser salvaje no es una mala cosa. No cuando estás con alguien con quien puedes sentirte segura.

Con su cuerpo todavía hormigueando, ella se giró para mirarlo. — Entonces, ¿te sientes mejor? ¿Ya no te culparás?

— El que tú estés aquí ayuda. Más de lo que nunca podrás saber. ¿Qué hay sobre ti?

Ella lo pensó. Extendió la mano y entrelazó los dedos con los suyos. — Ayuda, — repitió ella.

— Entonces hacemos un equipo bastante bueno, ¿no crees? Incluso si eres una fiscal y yo soy un abogado defensor. — Él la miró con ojos ansiosos y esa expresión de inseguridad se desvaneció con todas sus defensas finales.

Nada era perfecto. Sus trabajos eran complicados. Lo que motivaba a la gente para hacer daño a los demás y lo que motivaba a los demás para creer en la redención, era complicado. Nada acerca de hoy había hecho que la culpabilidad de Daniel o la de Bryn desaparecieran. Tal vez nunca lo haría por completo.

Aun así, juntos tenían mucho más que esperar que si estaban separados.

Ellos podrían depender el uno del otro y ayudarse el uno al otro a ser lo mejor que pudieran ser. Y cuando cometieran errores, podrían recordarle al otro lo especiales que eran.

Cuánpreciado.

Cuánamado.

Bryn acercó la boca de Daniel para darle un beso. — Seremos un gran equipo. El mejor.

— Por supuesto, tenemos que agradecerle a nuestra amiga Tam. Por ver cuán especial eres y por permitirme verlo también.

— Mmm, — ronroneó alegremente. — Y por enviarte a mi casa esa noche. Por empujarme a tomar lo que quería, a pesar de mis temores.

— Ella es buena en eso, — Daniel estuvo de acuerdo. — Y yo también, pero soy bueno en dar también. Te daré todo lo que siempre has querido Bryn. Todo lo que alguna vez puedas necesitar.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y lo acercó para abrazarlo, sosteniéndolo con fuerza. — Ya lo tengo.

**FIN**

¡Muchas gracias por leer Loca por el Señor Equivocado!

Si no les molesta, agradecería mucho que vuelvan a visitar el lugar en el que compraron este libro y puedan dejar un comentario honesto.

Para los autores las reseñas y comentarios son fundamentales, y los pocos segundos extra que les toman realmente nos ayuda a los autores muchísimo.

Únete a mi lista de correo en <http://www.virnadepaul.com> para obtener información actualizada sobre mis libros. Además, encontrarás el mismo romanticismo y pasión en mis otros libros, ya sean historias contemporáneas, paranormales, de suspenso romántico, o romance erótico.

Virna DePaul es un ex fiscal penal y autora de bestsellers incluidos en el ranking de los diarios New York Times y USA Today, con sus libros de ficción llenos de romance apasionado y suspenso. Ya se trate que se trate de vampiros, un equipo de operaciones tácticas en actividad paranormal, policías sexys o hermanos gemelos idénticos tan guapos como para desmayarse, sus historias se centran en individuos complejos dispuestos a superar obstáculos increíbles por amor. A ella le encanta recibir las opiniones de los lectores en [www.virnadepaul.com](http://www.virnadepaul.com)